

340.43

1974

0005

MOLIERE

act

EL AVARO

PACIFIC PRESS



EDITADO E IMPRESO POR
TALLERES GRAFICOS PACIFIC PRESS S.A.
Reg. Ind. 7139
LIMA, PERU

848.43

3
Jumaguas

A

MOLIERE

ll

EL AVARO

Jarwin

PACIFIC PRESS



Vol No. 6417

INSTITUTO NACIONAL DE CULTURA
BIBLIOTECA NACIONAL
Oficina Nacional de Bibliotecas
Populares Municipales

Traducción del francés por
JUAN G. DE LUACES

Editor: **CARLOS MILLA BATRES**

Molière y su Obra

Molière, o Juan Bautista Poquelin, que era su nombre verdadero, nació en París en enero de 1672. A los diez años quedó huérfano de madre; su padre cuidó, sin embargo, de darle una excelente educación, para lo cual lo hizo ingresar en el Colegio de Jesuítas de Clermont, donde cursó sus primeros estudios. Más adelante Molière fue discípulo del filósofo Gasendi.

Su padre, que había sido nombrado maestro tapicero de la casa real, quiso hacer de su hijo su sustituto en aquel cargo; pero el muchacho quería dedicarse al teatro, que, ya desde niño, había ejercido en él una poderosa fascinación. A los veinte años, y fiel a aquella inclinación, Molière debutó por primera vez en la escena, y poco después, habiéndole llevado sus aficiones a conocer a Magdalena Béjart, y enamorado de esta hermosa actriz, se asoció con ella, fundando el «Ilustre Teatro». En él, y ya con el nombre de Molière, representó en comedias y tragedias, en el juego de pelota del Métayer y más adelante en la Croix-Noire. El «Ilustre Teatro» fracasó y Molière fue encerrado por deudas en el Chatelet. Puesto en libertad, el joven actor dejó entonces París (1646) y al frente de su tropa de cómicos actuó en provincias durante catorce años. En 1653 la compañía entró al servicio del Príncipe de Conti; en 1655 Molière puso en escena en Lyon su primera obra importante, L'étourdi. Poco después, en 1656, daba en Beziers su Dépit amoureux. La fama de su nombre había empezado a difundirse; en París se hablaba ya de Molière, y el hermano del rey, que estaba sin cómicos, le tomó a su servicio con su compañía. La hora del triunfo parecía, por fin, haber sonado para el gran cómico; así, el 24 de octubre de 1658 represen-

tó en presencia de sus majestades y de toda la corte en la sala de guardias del viejo Louvre. A partir de aquí, la fortuna de Molière estaba asegurada; después de esta representación, en efecto, la compañía del hermano del rey quedó establecida en el Petit-Bourbon. En este teatro Molière representó *Les précieuses ridicules*, en 1659, luego, en 1660, *Sagnarelle ou le Cocu imaginaire*. Demolido el Petit-Bourbon, Molière inauguró el teatro del Palais Royal con *Don García de Navarre ou le Prince jaloux*, representado en 1661. En el mismo año puso en escena *L'Ecole des maris* y *Les Fâcheux*. El año siguiente contrajo matrimonio en Saint Germain l'Auxerrois con Armanda Béjart según unos, hermana de Magdalena Béjart, según otros, hija, lo que motivó un fuerte escándalo; en libelos y en conversaciones, sus enemigos no se cansaron, en efecto, de propalar la especie de que Molière se había casado con su propia hija. El asunto quedó sin aclarar y hoy continúa discutiéndose si la joven esposa de Molière era hija o hermana de su amante. La opinión más admitida es, sin embargo, la de que Armanda era, efectivamente, hija de aquella actriz, pero nacida antes de que ésta conociera al poeta.

En 1662, Molière estrenaba *L'Ecole des femmes*; *La Critique de l'école des femmes*, en 1663; *L'Impromptu de Versailles* y *Le mariage forcé*, en 1664, y *La princesse d'Elide* en Versalles durante las fiestas de la Isla encantada. En el curso de estas fiestas se representaron los tres primeros actos del *Tartufe*; un sector de la corte se opuso por escrúpulos de religión a que esta obra, una de las más grandes de Molière, fuese representada en el Palais-Royal. El rey, no obstante, le protegía; había apadrinado el bautizo de su primer hijo Luis, y su compañía pasó después al servicio de su majestad. A la protección del rey se debió el salvamento del *Tartufe*. Sin embargo, Molière no era feliz. La diferencia de edad entre él y su esposa, y la afición de ésta a coqueteos, hacía del suyo un matrimonio desgraciado. Estaba, además, enfermo; se sentía acosado por sus enemigos, blanco de las más feroces diatribas;

y no obstante, en medio de todas sus preocupaciones trabajó durante estos años postreros como nunca había trabajado, tanto por la calidad de las obras que produjo como por el número de las mismas. Entre éstas se cuentan, en efecto, las mejores de su producción: el Don Juan; Le médecin malgré lui; Le Misanthrope; L'Avare; la versión definitiva de Tartufe; Le Bourgeois gentilhomme; Le malade imaginaire, etc.

El 10 de febrero de 1673 se representó por primera vez Le malade imaginaire; el 17 del mismo mes, en la cuarta representación de esta obra, Molière se encontraba enfermo; no obstante, se empeñó en representar en ella su papel. Cuando se estaba en la ceremonia burlesca, en el instante en que pronunciaba el primer Juro, fue acometido de una convulsión; continuó, a pesar de todo representando hasta el fin; pero cuando hubo bajado el telón, se sintió acometido de súbitos escalofríos, siendo trasladado en seguida a su casa, en la calle de Richelieu, donde murió pocas horas después. Su cadáver fue enterrado en el cementerio de Saint-Joseph.

Molière ha sido unánimamente reconocido como uno de los más grandes cómicos franceses de todos los tiempos y uno de los más grandes del mundo. «Nadie — se ha dicho con razón — puede serle comparado en la fuerza de los caracteres, en la elevada originalidad, el perfecto conocimiento de la escena, el verbo desbordante, la fuerza cómica, el buen sentido y la naturalidad». «Todo el que sabe leer — dice Saint-Beuve — es un nuevo lector para Molière».

Como dato curioso de la biografía de este gran escritor, se cita el hecho singular de que, siendo un hombre de actividad tan continua y fecunda, y que tanto escribió, no ha quedado de él ni un solo manuscrito ni una carta.

Nota Sobre El Avaro

Puede considerarse indiscutible que «El Avaro» es una de las obras de mayor poder humano y más realismo de cuantas se encuentran en la producción de Molière. Las líneas generales del tema y algunas de sus escenas cómicas están claramente tomadas de Plauto. Tal, por ejemplo, la pintoresca situación en que el avaro, temeroso de ser robado por La Fleche le pide que le enseñe, después de las manos, «las otras manos». Adviértase, empero, que Plauto recarga más la nota grotesca, mientras Molière, con su indudable habilidad de dramaturgo, se limita a presentar una escena cómica no mal encajada dentro del tono general del teatro de su época.

Como ya señalara, entre otros, Monet, Molière, aparte haberse inspirado indudablemente en Plauto, tomó también elementos a Ariosto, al «Avaro Cornudo», de Doni, a Larivey y a Boisrobert; no obstante todo lo cual su obra es por completo propia y novedosa. La característica del genio consiste precisamente en hallar en lo conocido el detalle insólito, el toque inédito e inspirado que convierte lo vulgar en excepcional y lo cotidiano en sobresaliente.

Escasas veces ha logrado el teatro escena tan perfecta y a la vez tan auténtica y tan viva como aquella en que Harpagón, viendo perdidos sus tesoros, prorrumpe en exclamaciones aparentemente absurdas, y sin embargo, perfectamente coherentes con su carácter y con el encaje general de la situación y los hechos. Molière pinta, en Arpagón, personaje central de la obra, al avaro verdadero, al hombre riquísimo que no se atreve a gastar su dinero y que continúa enriqueciéndose por medio de la usura.

Pero Harpagón no es tampoco el avaro integral, exclusivamente esclavo de sus tesoros. No: Harpagón, tacaño máximo, quiere mantener las apariencias, y así se jacta de tener coche, aunque mate de hambre a los caballos, y de criados, siquiera éstos no puedan volverse por temor a enseñar los andrajos de sus ropas. La escena de la preparación de la comida es deliciosa: el avaro no quiere dar la sensación de matar de hambre a sus invitados, sino engañar sus estómagos y paladares, por contraste con las extravagancias gastronómicas de su cocinero. En esta escena quizá aparece más perfectamente definido que en ninguna otra el carácter harpagoniano; avaricia, pero discreta; miseria pero escondida.

Cierto que a esto se contrapone, en la vida íntima y usual del avaro, una suma de extremos de tacañería que rebasan todo lo imaginable. Pero esa contraposición, quizá no debidamente señalada por lo general, afirma más la habilidad teatral de Molière. El hombre real es distinto siempre si se comparan sus reacciones íntimas con sus actitudes externas. En Harpagón la avaricia se sobrepone a todo, pero no sin medida, no sin un relativo decoro que le permite mantener las apariencias y a la vez desenvolver sus instintos de avaricia.

En la época molierina «El Avaro» no alcanzó igual éxito que otras producciones del mismo autor. Pero posteriormente esta obra, con «Don Juan», el «Misántropo», «Tartufo» y alguna otra, ha pasado a ser considerada una de las más características de Molière.

En esta traducción se ha respetado con fidelidad el texto original.

J.S.

P E R S O N A J E S

HARPAGON, padre de Cleanto y de Elisa y enamorado de Mariana.

CLEANTO, hijo de Harpagón y amante de Mariana.

ELISA, hija de Harpagón y amante de Valerio.

VALERIO, hijo de Anselmo y amante de Elisa.

MARIANA, amante de Cleanto y amada de Harpagón.

ANSELMO, padre de Valerio y de Mariana.

FROSINA, mujer intrigante.

MAESE SIMON, agente de préstamos.

MAESE SANTIAGO, cochero y cocinero de Harpagón.

LA FLECHE, criado de Cleanto.

LA TIA CLAUDIA, criada de Harpagón.

BRIDAVOINE y LA MERLUCHE, lacayos de Harpagón.

EL COMISARIO Y SU ESCRIBANO.

La acción en París.

EL AVARO

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Valerio, Elisa

VALERIO.— ¿Por qué, encantadora Elisa, os tornáis melancólica después de las valiosas certezas que de vuestra fe habéis tenido la bondad de darme? Os veo suspirar en medio de mi alegría. Decidme: ¿lamentéis haberme hecho dichoso y os arrepentís del compromiso a que mi ardor ha logrado llevaros?

Elisa.— No, Valerio: no puedo arrepentirme de nada de cuanto hago por vos. Me siento arrastrada por una fuerza inmensamente dulce y ni aun encuentro ánimos para desear que las cosas no hubiesen sucedido así. Mas, a deciros verdad, el desenlace me causa inquietud, y temo mucho amaros un tanto más de lo que debiera.

Valerio.— ¿Qué podéis temer, Elisa, en las bondades que habéis tenido conmigo?

Elisa.— Temo cien cosas a la vez: la indignación de un padre, los reproches de una familia, las censuras del mundo... Pero más que a nada, Valerio, temo a los cambios de vuestro corazón, a esa criminal frialdad con la que los de vuestro sexo pagan muy a menudo los testimonios demasiado ardorosos de un amor inocente.

Valerio.— No me hagáis la injusticia de medirme por los demás. Sospechad de mí cuanto gustéis, Elisa, menos de que puedo faltar a cuanto os debo. Harto os amo para eso, y mi amor por vos durará tanto como mi vida.

Elisa.— ¡Ay, Valerio! Todos dicen las mismas razones. Todos los hombres se asemejan en las palabras y no son sino los actos los que los muestran diferentes.

Valerio.— Pues que sólo las acciones dejan conocer lo que somos, esperad al menos a juzgar mi corazón por ellas, y no me busquéis anticipados crímenes en los injustos temores de una calamitosa previsión. No me asesinéis, os lo ruego, con los desastrosos golpes de una sospecha ultrajante, y dadme tiempo para convencerlos, con mil y mil pruebas, de la honestidad de mi fervor.

Elisa.— ¡Ah, y con qué facilidad nos dejamos persuadir por las personas a quienes amamos! Sí, Valerio: yo creo a vuestro corazón incapaz de burlarme. Creo que me amáis con verdadero amor y que me seréis fiel. No quiero dudarlo, y ciño mi disgusto a la inquietud de las censuras que puedan hacerme.

Valerio.— Mas, ¿por qué esa inquietud?

Elisa.— Nada tendría yo que temer si todos os mirasen con los ojos con que os miro, pues yo encuentro en vuestra persona motivos que justifican las cosas que he hecho por vos. Mi corazón tiene en su abono vuestro mucho mérito, a más del auxilio de un reconocimiento con que el Cielo hacia vos me obliga. Porque suelo representarme a toda hora aquel pasmoso peligro que fue causa de que nos fijáramos el uno en el otro; la generosidad sorprendente que os inclinó a arriesgar vuestra vida para librar la mía del furor de las olas; los cuidados, llenos de ternura, con que me hicisteis recobrarme luego de haberme sacado del agua, y los asiduos homenajes de un amor que ni el tiempo ni las dificultades han desalentado y que, llevándoos a olvidar padres y patria, os retienen en estos lugares, haciéndoos disfrazar, en favor mío, vuestra fortuna y reduciéndoos, por verme, al empleo de doméstico de mi padre. Todo, a no dudar, causa en mí un maravilloso efecto, y esto basta a mis ojos para justificar el compromiso en que he podido consentir; más quizá no baste para justificarlo ante otros, y no tengo certidumbre de que los demás abunden en mis sentimientos.

Valerio.— De todo lo que habéis dicho, contad que sólo por mi amor pretendo merecer de vos alguna cosa, y en cuanto a los escrúpulos que tenéis, harto os justifica vuestro padre ante todo el mundo; que el exceso de su avaricia y la estrecha manera en que vive con sus hijos aun autorizarían cosas más extrañas. Perdonad, encantadora Elisa, si me expreso así ante vos. Bien sabéis que sobre ese capítulo nada bueno se puede decir. Mas, en fin, si logro, como espero, volver a encontrar a mis padres, no tendremos mucho trabajo en tornar favorable al vuestro. Espero noticias con impaciencia y si tardaren en venir iría yo mismo a buscarlas.

Elisa.— No os mováis de aquí, Valerio, os lo ruego; y pensad tan sólo en bienquistaros con mi padre.

Valerio.— Ya veis cómo me comporto y las hábiles complacencias que me ha sido menester utilizar para introducirme a su servicio, y asimismo sabéis con qué máscara de simpatía y de afinidad de sentimientos me disfrazo para agradarle, y qué personaje finjo a diario ser para adquirir su afecto. He hecho ya progresos admirables y comprobado que, para ganarse a los hombres, no hay sino alardear ante sus ojos de tener sus inclinaciones, abundando en sus máximas, encomiando sus defectos y aplaudiendo lo que hacen. No debe temerse recargar en exceso la complacencia, ni importa que sea muy visible el modo de burlarlos; que los más agudos no dejan de ser siempre grandes incautos en materia de adulaciones, y nada, por impertinente y ridículo que sea, dejan de digerir cuando se les da sazonado con alabanzas. Cierto que la sinceridad padece un tanto con el oficio que cumplo, pero cuando se tiene necesidad de los hombres es menester ajustarse a ellos; y pues no cabe ganárselos sino así, no es la culpa de los aduladores, sino de los que quieren ser adulados.

Elisa.— ¿Por qué no tratáis de obtener también el apoyo de mi hermano para caso de que la sirvienta resolviera descubrir nuestro secreto?

Valerio.— No es fácil complacer al uno y al otro,

y el ánimo del padre y el del hijo son cosas tan opuestas, que es difícil acomodar juntas las confianzas de entrambos. Pero vos, por vuestra parte, obrad cerca de vuestro hermano y servíos del afecto que hay entre los dos al objeto de atraerle a nuestros intereses. Pero, mirad, ya viene; yo me retiro. Aprovechad la ocasión para hablarle y no le descubráis de nuestro asunto sino lo que juzguéis adecuado.

Elisa.— No sé si tendré valor para hacerle esta confidencia.

ESCENA II

Cleanto, Elisa

Cleanto.— Mucho me place hallaros sola, hermana; que ardía en deseos de hablaros para confiaros un secreto.

Elisa.— Presta estoy a oiros, hermano. ¿Qué tenéis que decirme?

Cleanto.— Muchas cosas, hermana, aunque todas envueltas en una palabra: amo.

Elisa.— ¿Amáis?

Cleanto.— Sí: amo. Pero, antes de ir más lejos, añadiré que sé que dependo de un padre y que el nombre de hijo me somete a su voluntad; que no hemos de comprometer nuestra fe sin el consenso de aquellos a quienes debemos el ser; que el Cielo los ha hecho señores de nuestros sentimientos y que no nos es dado disponer de éstos sino bajo su guía; que, no obstandoles ningún loco ardor, ellos se hallan en estado de engañarse asaz menos que nosotros y de ver mucho mejor lo que nos conviene; que vale más creer las luces de su prudencia que la ceguera de nuestra pasión, y que el acaloramiento de la juventud nos arrastra con gran frecuencia a desastrosos abismos. Os digo todo esto, hermana mía, para que no os toméis el trabajo de de-

círmelo vos, porque mi amor no quiere escuchar nada, y así os ruego que no me hagáis reproches.

Elisa.— ¿Os habéis comprometido con la que amáis, hermano?

Cleanto.— No, mas estoy resuelto a ello, y segunda vez os conjuro a no darme razones para disuadirme.

Elisa.— ¿Tan rigurosa persona soy, hermano?

Cleanto.— No, hermana, pero no amáis. Vos ignoráis la dulce violencia que un tierno amor hace sobre nuestros corazones, y además no desconozco vuestra prudencia.

Elisa.— No hablemos de mi prudencia, hermano. No hay nadie que no falte a ella al menos una vez en su vida, y si yo os abriese mi corazón acaso fuera a vuestros ojos menos prudente que vos mismo.

Cleanto.— Plugüiese al Cielo que vuestra alma, como la mía...

Elisa.— Terminemos antes con vuestro asunto y decidme quién es aquella a la que amáis.

Cleanto.— Una joven es que desde poco acá se aloja en estos contornos y que me parece hecha para despertar amor en cuantos la ven. La naturaleza, hermana mía, no ha formado cosa más amable, y tanto que me hallé transportado desde que la vi. Llámase Mariana y vive bajo la custodia de una buena mujer, su madre, que está casi siempre enferma y para quien esa bondadosa joven muestra sentimientos de afecto casi inconcebibles. Ella la sirve, la cuida y la consuela con una ternura que os conmovería el alma. Se aplica con el talante más encantador que se pueda ver a todo cuanto hace, y se ven brillar mil gracias en todos sus actos. Tiene una dulzura plena de atractivos, una bondad seductora, una honestidad adorable, una... ¡Ay, hermana, y cuánto quisiera que la hubieseis visto!

Elisa.— Ya veo bastante, hermano mío, en las cosas que me decís, y para comprender quién ella es, me basta con que la améis vos.

Cleanto.— He descubierto, bajo mano, que ambas no son muy ricas y que su discreta administración halla tropiezos en alcanzar a todas sus necesidades con la

fortuna que puedan tener. Imaginad, hermana, qué alegría debe ser mejorar la fortuna de la persona a quién se ama, atendiendo hábilmente con algunos pequeños socorros a los modestos gastos de una virtuosa familia, y concebid cuán ingrato me es ver que, por la avaricia de un padre, me hallo impotente para gustar esta alegría y dar a esa beldad algún testimonio de mi amor.

Elisa.— Bien concibo, hermano mío, cuánto debe de ser vuestro disgusto.

Cleanto.— Mayor que pueda suponerse, hermana. Porque, ¿puede verse cosa más cruel que esta rigurosa economía que se ejerce sobre nosotros, que esta extraordinaria escasez en que se nos hace languidecer? Pues, ¿de qué nos servirá tener fortuna si no nos viene más que en tiempo en que ya no estamos en buena edad de gozarla, y si, mientras tanto, solo para mis necesidades, me es preciso comprometerme por doquiera, y véome reducido, como vos, a buscar todos los días los socorros de los mercaderes, a fin de tener medio de llevar algunos atavíos razonables? En fin, sabed que he querido hablaros para que me ayudéis a sondear a nuestro padre al respecto de los sentimientos que albergo, y si le encuentro contrario, estoy determinado a partirme a otros lugares, con esa amable persona, para gozar de la suerte que el Cielo quiera ofrecernos. Con ese designio he hecho buscar por todas partes dinero prestado, y si vuestros asuntos, hermana, son semejantes a los míos y nuestro padre ha de oponerse a nuestros deseos, le abandonaremos juntos, librándonos de esta tiranía en que nos tiene, ha tanto, su insoportable avaricia.

Elisa.— Bien cierto es que a diario nos da motivos de deplorar la muerte de nuestra madre, y que...

Cleanto.— Oigo su voz. Alejémonos un poco, para concluir nuestras confidencias, y después uniremos nuestras fuerzas a efectos de atacar la dureza de su humor.

ESCENA III

Harpagón, La Fleche

Harpagon.— Salid de aquí muy luego y no repliquéis. Quitaos ya de delante, síndico de ladrones, auténtica carne de horca; idos, digo.

La Fleche (aparte).— No he visto jamás nadie tan bellaco como este viejo maldito, y, o me engañó mucho, o tiene el diablo en el cuerpo.

Harpagon.— ¿Qué dices para tu capote?

La Fleche.— ¿Por qué me mandáis marchar?

Harpagon.— Tú eres, bigardo, quien ha de darme razones. Sal fuera, o te mato.

La Fléche.— ¿Pues qué os he hecho?

Harpagon.— Me has hecho que quiero que te vayas.

La Fléche.— Vuestro hijo, señor, me ha ordenado esperarle.

Harpagon.— Pues espéralo en la calle y no aquí, en la casa, plantado como una estaca, viendo cuanto poseo y escudriñando por todas partes para descubrir si hay algo que robar.

La Fléche.— ¿Cómo diablos queréis que se os robe? ¿Sois acaso hombre robadero cuando cerráis con llave todas vuestras cosas y hacéis centinela sobre ellas noche y día?

Harpagon.— Yo cierro todo aquello que bien me place y hago las centinelas que me petan. ¿Qué decir de estos acechadores que reparan en cuanto se hace? (Aparte). Temo que haya sospechado algo de mi dinero. (A La Fléche). No andarás esparciendo el rumor de que tengo dinero escondido, ¿eh?

La Fléche.— ¿Tenéis dinero escondido?

Harpagon.— No, pícaro, no he dicho eso. (Aparte). ¡Oh, rabia! (A La Fléche). Te pregunto si no irás, maliciosamente, difundiendo el rumor de que lo tengo.

La Fléche.— Mas, ¿qué nos importa que lo tengáis o no, si para nosotros es lo mismo?

Harpagon.— ¿Razonador eres? Yo te sacaré de ese razonamiento por las orejas. (Alza la mano para darle

una bofetada). Sal de aquí, te repito.

La Fléche.— Bien. Ya salgo.

Harpagon.— Espera, ¿No te me llevas nada?

La Fléche.— ¿Qué voy a llevaros?

Harpagon.— Ven aquí y enséñame las manos.

La Fléche.— Ved.

Harpagon.— Las otras.

La Fléche.— ¿Las otras?

Harpagon.— Sí.

La Fléche (alzando los pies).— Ved.

Harpagon.— ¿No te llevarás nada dentro?

La Fléche.— Miradlo vos mismo.

Harpagon (tocando las calzas y calzón de La Fléche).— Estos calzones tan anchos son muy aptos para esconder las cosas que se roban, y mucho me placería que ahorcasen a alguno de los que se apegan a tal usanza.

La Fléche.— ¡Ah, y cuánto un hombre así merecería lo que teme y qué placer tendría yo en robarle!

Harpagon.— ¿Eh?

La Fléche.— ¿Qué?

Harpagon.— ¿Qué hablas ahí de robar?

La Fléche.— Digo que me registréis todo si teméis que os haya robado.

Harpagon (registrando los bolsillos de La Fléche).— Ese es tu propósito.

La Fléche.— ¡La peste sea con la avaricia y los avariciosos!

Harpagon.— ¡Cómo! ¿Qué dices?

La Fléche.— ¿Qué qué digo?

Harpagon.— Sí: ¿qué dices de la avaricia y los avariciosos?

La Fléche.— Digo que la peste sea con la avaricia y los avariciosos.

Harpagon.— ¿A quienes aludes?

La Fléche.— A los avariciosos.

Harpagon.— ¿Y quiénes son esos avariciosos?

La Fléche.— Villanos y ladrones.

Harpagon.— Pero ¿a quienes entiendes tú por tales?

La Fléche.— ¿De qué os inquietáis?

Harpagon.— Me inquieto de lo que debo.

La Fléche.— ¿Es que pensáis que quiero hablar de vos?

Harpagon.— Yo creo lo que yo creo, mas quiero que me digas a quién hablas cuando dices eso.

La Fléche.— Hablo... hablo para mi sayo.

Harpagon.— Pues guarda no te hable yo con una puñada en la gorra.

La Fléche.— ¿Me impediréis maldecir a los avariciosos?

Harpagon.— No, pero sí hablar tanto y ser insolente. Cállate.

La Fléche.— Yo no nombro a nadie.

Harpagon.— Y yo te aporrearé si hablas.

La Fléche.— El que se pica, ajos come.

Harpagon.— ¿Callarás?

La Fléche.— Sí, pesia a mí.

Harpagon.— ¡Ja, ja!

La Fléche.— (mostrándole un bolsillo del jubón).— Ved: un bolsillo más. ¿Queréis registrarlo?

Harpagon.— Anda, dámelo sin que te registre.

La Fléche.— ¿El qué?

Harpagon.— Lo que me has cogido.

La Fléche.— Yo no os he cogido nada.

Harpagon.— ¿Con certeza?

La Fléche.— Con certeza.

Harpagon.— Pues adiós, y vete a todos los diablos.

La Fléche.— ¡Linda despedida, a fe mía!

Harpagon.— A tu conciencia la cargo. ¡Pícaro de mozo, y cuánto me incomoda! No me satisface nada ver por aquí a este perro de cojo (1).

(1) Alusión al cojo Luis Bejart, que desempeñaba el papel de La Fleche en la compañía de Moliere. (N. del Traductor.)

ESCENA IV

Elisa, Cleanto, Harpagon

Harpagon.— En verdad que no es trabajo pequeño guardar en casa una cantidad grande de dinero. ¡Dichoso quien tiene toda su hacienda bien colocada y no conserva sino lo que le es menester para el gasto! ¡Que no es corta dificultad proveer en toda casa un escondrijo fiel! Porque para mí las cajas de caudales son sospechosas, y jamás quiero confiarme a ellas. Sí, que las juzgo claro aliciente para los ladrones, y siempre son ellas la primera cosa que se da en asaltar. Mas, con todo, no sé si hice bien enterrando en el jardín diez mil escudos que me entregaron ayer. Diez mil escudos en oro, y en casa, es suma bastante para... (Aparecen los dos hermanos, cuchicheando entre sí). ¡Oh, Cielos! ¿No me habré traicionado a mí mismo? En mi acaloramiento me he excitado y creo que, razonando conmigo, he hablado alto. ¿Qué sucede?

Cleanto.— Nada, padre mío.

Harpagon.— ¿Hace mucho que estáis aquí?

Elisa.— Ahora acabamos de llegar.

Harpagon.— ¿Y habéis oído...?

Cleanto.— ¿El qué, padre mío?

Harpagon.— Eso...

Elisa.— ¿El qué?

Harpagon.— Lo que dije ha un momento.

Cleanto.— No.

Harpagon.— Sí oísteis, sí.

Elisa.— Perdonad, no.

Harpagon.— Ya veo que habéis oído algunas palabras. Era que discurría conmigo mismo de lo trabajoso que es hoy encontrar dinero, y decíame que es venturoso quien puede tener diez mil escudos en su casa.

Cleanto.— Vacilábamos en hablaros por temor a interrumpiros.

Harpagon.— Plúgome deciros aquello para que no tomaráis las cosas al revés y vinieseis a imaginar que dije que soy yo quien tiene diez mil escudos.

Cleanto.— Nosotros no nos entrometemos en vuestros negocios.

Harpagon.— ¡Así Dios hiciese que yo tuviera diez mil escudos!

Cleanto.— No creo...

Harpagon.— ¡Buena cosa sería ésa para mí!

Elisa.— Hay cosas...

Harpagon.— ¡Buena falta me hacen!

Cleanto.— Yo pienso que...

Harpagon.— Mucho me acomodaría tenerlos.

Elisa.— Vos sois...

Harpagon.— Que entonces no me quejaría, como lo hago, de lo malos que van los tiempos.

Cleanto.— ¡Dios mío, padre! Vos no tenéis motivo de quejaros, que se sabe que tenéis bastante hacienda.

Harpagon.— ¡Cómo! ¿Yo bastante hacienda? Quienes lo dicen, mienten. Nada más falso hay, y los que esparcen esas hablillas son bribones.

Elisa.— No os encolericéis.

Harpagon.— ¡Singular es que mis propios hijos me traicionen y se tornen mis enemigos!

Cleanto.— ¿Es ser vuestro enemigo decir que tenéis hacienda?

Harpagon.— Sí. Semejantes discursos y los gastos que vos hacéis serán causa de que cualquier día acuda alguien a degollarme, pensándome cosido de pistolas (1).

Cleanto.— Pues, ¿qué grandes gastos hago yo?

Harpagon.— ¿Cuáles? ¿Hay algo más escandaloso que ese suntuoso atuendo con que os paseáis por la ciudad? Ya reprendí ayer a vuestra hermana, mas esto es peor. En verdad que clama venganza al Cielo, y os digo que, tomándoos de pies a cabeza, ya habría de qué hacer préstamo a buena tasa. Veinte veces os he dicho, hijo, que todas vuestras maneras me desplacen

(1) La pistola, moneda de origen español o italiano, equivalía a un luis de oro (unas 11 libras francesas). (Nota del Traductor.)

mucho. Dais furiosamente en hacer el marqués, y para ir así vestido, forzoso es que me robéis.

Cleanto.— ¿Eh? ¿Cómo robaros?

Harpagon.— ¿Qué sé yo? ¿Dónde podéis, si no, tomar con qué vestir el traje que lleváis?

Cleanto.— ¿Yo, padre mío? Pues sabed que juego y pongo sobre mí cuanto dinero gano.

Harpagon.— Hacéis muy mal. Si sois venturoso en el juego deberíais aprovecharlo poniendo a honrado interés el dinero que ganáis, para recobrarlo algún día. Bien quisiera saber, sin hablar ya de lo demás de qué sirven todos esos lazos con que os cubrís de pies a cabeza, y si media docena de agujetas no bastan para atacar unos calzones. ¡Y a fe que es también necesario gastar dinero en pelucas, cuando pueden peinarse cabellos naturales, que no cuestan nada! Apuesto a que en lazos y pelucas no lleváis menos de veinte pistolas, y veinte pistolas rinden por año dieciocho libras, seis sueldos y ocho dineros, no colocándolas más que a un dinero por doce (1).

Cleanto.— Tenéis razón.

Harpagon.— Dejemos eso y hablemos de otro asunto. (Aparte) ¿Eh? Paréceme que se hacen el uno al otro signo de robarme la bolsa. (A sus hijos). ¿Qué gestos son esos?

Elisa.— Discutimos mi hermano y yo quién hablará el primero, porque los dos tenemos una cosa que decirnos.

Harpagon.— También yo tengo una cosa que decirnos a los dos.

Cleanto.— Es de casamiento, padre mío, de lo que deseamos hablaros.

Harpagon.— Y también de casamiento os quiero hablar yo.

Elisa.— ¡Ah, padre mío!

Harpagon.— ¿Por qué esa exclamación? ¿Es la palabra, hija mía, o la cosa lo que os causa miedo?

Cleanto.— El casamiento puede amedrentarnos a

(1) Prestar al uno por doce equivalía a poco más del 8 por 100. El interés legal era entonces del 1 por 18.

los dos, padre, del modo que vos podéis entenderlo, y tememos que nuestros sentimientos no estén acordes con vuestra elección.

Harpagon.— No os alarméis. Un poco de paciencia. Yo sé lo que a los dos os conviene y ni uno ni otro tendréis lugar de quejaros de lo que yo pretendo hacer. Y para empezar, decidme: ¿habéis reparado en una joven, de nombre Mariana, que habita no lejos de aquí?

Cleanto.— Sí, padre mío.

Harpagon.— ¿Y vós?

Elisa.— Yo he oído hablar de ella.

Harpagon.— ¿Qué os parece esa joven, hijo?

Cleanto.— Una mujer encantadora.

Harpagon.— ¿Y su fisonomía?

Cleanto.— Muy honrada y llena de inteligencia.

Harpagon.— ¿Y sus maneras y talante?

Cleanto.— Admirables, sin duda.

Harpagon.— ¿No creéis que una joven así merece bien que se repare en ella?

Cleanto.— Sí, padre mío.

Harpagon.— ¿Y qué sería un partido deseable?

Cleanto.— Muy deseable.

Harpagon.— ¿Y que tiene traza de hacer buena esposa?

Cleanto.— Sin duda.

Harpagon.— ¿Y que un marido quedaría satisfecho de ella?

Cleanto.— Seguramente.

Harpagon.— Mas hay una pequeña dificultad, y es que temo que no tenga toda la fortuna que podría pretenderse.

Cleantō.— La fortuna, ¡oh, padre mío!, no es cosa de considerar cuando se trata de casarse con una mujer honesta.

Harpagon.— Perdonadme, perdonadme. Lo que ha de decirse es que, si no se halla toda la fortuna que se desea, se puede procurar recobrar eso en otra cosa.

Cleanto.— Así se entiende.

Harpagon.— Me contenta veros abundar en mis sentimientos, porque el recatado talante y dulzura de esa

joven me han prendado el alma, y he resuelto de casar con ella, siempre que encuentre que tiene alguna hacienda.

Cleanto.— ¿Eh?

Harpagon.— ¿Cómo?

Cleanto.— ¿Decís que estáis resuelto?

Harpagon.— A casar con Mariana.

Cleanto.— Pero, ¿quién? ¿Vos? ¿Vos?

Harpagon.— Sí, yo, yo, yo. ¿Qué queréis decir?

Cleanto.— Hame dado de pronto un vahido, y he de retirarme de aquí.

Harpagon.— No será nada. Id a la cocina y bebed un vaso grande de agua clara. ¡Estos donceles enclenques, no más vigorosos que gallinas! Pues eso es, hija mía, lo que he determinado para mí. A tu hermano destínole cierta viuda de quien esta mañana han venido a hablarme, y a ti te entrego al señor Anselmo.

Elisa.— ¿Al señor Anselmo?

Harpagon.— Sí; un hombre maduro, prudente y entendido, que no tiene más de cincuenta años y cuyos muchos bienes alaban todos.

Elisa (haciendo una reverencia).— Con vuestra licencia, padre, no quiero casar.

Harpagon (imitando la reverencia de la joven).— Y yo, hijita, amiga mía, quiero, con vuestra licencia, que os caséis.

Elisa.— Perdón, padre mío, pero...

Harpagon.— Perdón, hija mía, pero...

Elisa.— Soy muy humilde servidora del señor Anselmo, mas, con vuestro permiso, no me casaré con él.

Harpagon.— Soy muy humilde criado vuestro, mas con vuestro permiso, vos os desposaréis con él esta tarde.

Elisa.— ¿Esta tarde?

Harpagon.— Esta tarde.

Elisa.— No será así, padre mío.

Harpagon.— Sí será así, hija mía.

Elisa.— No.

Harpagon.— Sí.

Elisa.— Os digo que no.

Harpagon.— Os digo que sí.

Elisa.— Es una cosa a la que no me reduciréis.

Harpagon.— Es una cosa a la que te reduciré.

Elisa.— Me mataré antes que casar con tal marido.

Harpagon.— No te matarás y te casarás con él.

Mas, ¡cuánta audacia! ¿Se ha visto nunca a una hija hablar de tal suerte a un padre?

Elisa.— ¿Se ha visto nunca a un padre hablar de tal suerte una hija?

Harpagon.— Es un partido contra el que nada se puede objetar, y aseguro que todos aprobarán mi elección.

Elisa.— Y yo aseguro que no la aprobará ninguna persona razonable.

Harpagon.— Ahí viene Valerio. ¿Quieres que le hagamos árbitro de este asunto?

Elisa.— Consiento.

Harpagon.— ¿Y te someterás a su juicio?

Elisa.— Haré lo que él diga.

Harpagon.— Entonces, cosa resuelta.

ESCENA V

Valerio, Harpagon, Elisa

Harpagon.— Llega acá, Valerio. Te hemos elegido para que nos digas quién tiene razón; mi hija o yo.

Valerio.— Vos, sin disputa, señor.

Harpagon.— ¿Sabes, empero, de qué hablamos?

Valerio.— No; mas es imposible que os equivoquéis y siempre tenéis toda la razón.

Harpagon.— Quiero, hoy, dar a mi hija por esposo un hombre tan rico como discreto, y la pícara dícame en mi cara que se niega a aceptarle. ¿Qué dices a eso?

Valerio.— ¿Qué digo?

Harpagon.— Sí.

Valerio.— ¡Hum, hum...!

Harpagon.— ¿Qué?

Valerio.— Digo que soy en el fondo de vuestro criterio, pues vos no podéis dejar de tener razón. Pero puede que tampoco ella yerre, y...

Harpagon.— ¡Cómo! El señor Anselmo es un partido estimable, gentilhombre y noble, benigno, reposado, discreto y muy acomodado. A más de lo cual no le queda hijo alguno de su primer casamiento. ¿Qué cosa mejor puede encontrar mi hija?

Valerio.— Cierto es. Pero ella quizá alegue que esto es precipitar un tanto las cosas, y que le sería menester algún tiempo para ver si su inclinación puede ajustarse a...

Harpagon.— Es una ocasión que ha de tomarse pronto y por los cabellos. Yo hallo aquí una ventaja que con otro no encontraría, pues el pretendiente aviénesse a tomar a mi hija sin dote.

Valerio.— ¿Sin dote?

Harpagon.— Sí.

Valerio.— No digo, pues, nada. En verdad, es razón convincente. Menester es rendirse a ella.

Harpagon.— Con eso tengo un ahorro considerable.

Valerio.— De seguro. En ello no hay contradicción. Claro es que vuestra hija puede argumentaros que el casarse es asunto mayor de lo que parece; que en ello va aparejado el ser venturoso o infeliz toda la vida, y que un compromiso que debe durar hasta la muerte no debe hacerse nunca más que con las mayores precauciones y...

Harpagon.— Sin dote.

Valerio.— Tenéis razón. Eso lo decide todo, por supuesto. Hay personas que podrían decir que en tales ocasiones la inclinación de una hija es cosa en la que sin duda han de tenerse miramientos, y que tan gran desigualdad de edad, humor y sentimientos pueden someter a muy desastrosos accidentes a un matrimonio...

Harpagon.— Sin dote.

Valerio.— ¡Ah! A eso no hay réplica. Bien sabido es, y ¿quién diantre puede contradecirlo? No es que

no haya muchos padres que preferirían asegurar la satisfacción de sus hijas al dinero que tuvieran que darles, que no querrían sacrificarlas al interés, y que buscarían, ante todo, en su matrimonio, esa dulce conformidad que mantiene perennemente el honor, la tranquilidad y la alegría y que transcurre...

Harpagon.— Sin dote.

Valerio.— Verdad es. Eso cierra la boca a todo. ¡Sin dote! ¿Qué medio hay de resistir a una razón como ésa?

Harpagon (mirando hacia el jardín).— ¡Calla! Me parece oír ladrar a un perro. (Aparte). ¿Si andarán en busca de mi dinero? No os mováis de aquí. Vuelvo en seguida.

Elisa.— ¿Os burlabais, Valerio, al hablar así?

Valerio.— Hícelo por no irritarle y alcanzar mejor nuestro fin. Herir directamente sus sentimientos es el medio de echarlo todo a perder. Hay ciertos espíritus a los que no cabe tomar sino de soslayo, temperamentos hostiles a toda resistencia, naturalezas reacias, a las que la verdad irrita, que siempre se yerguen contra el recto camino de la razón y a las que no se guía a donde se quiere sino mediante rodeos. Fingiendo consentir en lo que él desea, llegaréis mejor a vuestros fines, y...

Elisa.— Mas, ¿y ese matrimonio, Valerio?

Valerio.— Ya se buscará artificio con que quebrantarlo.

Elisa.— ¿Qué invención encontrar, si ha de ser esta tarde?

Valerio.— Es preciso buscar aplazamiento so pretexto de enfermedad.

Elisa.— Pero si llaman a los médicos se descubrirá la impostura.

Valerio.— ¿Bromeáis? ¿Acaso saben los médicos alguna cosa? Ya podéis aducirles que tenéis el mal que os pete, que siempre hallarán razones para explicaros su procedencia.

Harpagon (reapareciendo sin que le vean aún).— No era nada, gracias a Dios.



Valerio.— Nuestro último recurso será siempre la fuga, que puede ponernos a cubierto de todo, y si vuestro amor, bella Elisa, es capaz de firmeza... (Distingue a Harpagon). Sí: es menester que una hija obedezca a su padre. No tiene por qué mirar cómo su marido está formado, y cuando la poderosa razón de «sin dote» se encuentra, la hija ha de sentirse presta a tomar lo que le den.

Harpagon.— Bien hablado hallo eso.

Valerio.— Perdón, señor, sí, excitándome un poco, he tenido la osadía de hablar como lo hago.

Harpagon.— ¿Cómo dices? Antes bien, estoy satisfecho y quiero me tomes sobre mi hija poder absoluto. Vano es que le rehuyas, hija. Yo le doy la autoridad que el Cielo me ha otorgado sobre ti y quiero que hagas todo cuanto te diga.

Valerio.— Osad, después de esto, señora, resistir a mis exhortaciones. Voy, señor, a seguirla, para continuar las enseñanzas que le doy.

Harpagon.— Te lo agradeceré. Porque...

Valerio.— Conviene atarla corto, señor.

Harpagon.— Verdad es. Y procede...

Valerio.— No os inquietéis. Paréceme que lograré mis propósitos.

Harpagon.— Hazlo, hazlo. Ahora salgo a dar un paseo, mas volveré pronto.

Valerio.— Sí, el dinero es más precioso que todas las cosas del mundo, y vos debéis agradecer al Cielo el honrado padre que os ha concedido. El sabe cómo se debe vivir. Cuando a un padre le ofrecen tomarle una hija sin dote, vano es mirar más adelante. Todo queda encerrado en esos términos, y la frase «sin dote» substituye a la belleza, la juventud y la cuna, al honor, la discreción y la probidad.

Harpagon.— ¡Ah, excelente mozo! Por Dios que ha hablado como un oráculo. ¡Feliz quien puede tener un doméstico de esa suerte!

ACTO II

ESCENA PRIMERA

Cleanto, La Fléche

CLEANTO.— ¡Ah, traidor de ti! ¿Dónde te habías emboscado? ¿No te ordené...?

La Fléche.— Sí, señor, y aquí viene a esperaros a pie firme, pero vuestro señor padre, que es el menos gentil de los hombres, me ha echado a pesar mío, y aun he corrido riesgo de ser apaleado.

Cleanto.— ¿Cómo va nuestro asunto? Las cosas apremian más que nunca; desde la última vez que te he visto he descubierto que mi rival es mi padre.

La Fléche.— ¿Enamorado vuestro padre?

Cleanto.— Sí; y he tenido gran trabajo para disimularle la turbación en que me puso.

La Fléche.— ¿El meterse en amores? ¡Endiablada ocurrencia! ¿Es que se burla de la gente? ¿Acaso el amor se ha inventado para hombres de su hechura?

Cleanto.— Pues, por mis pecados, se le ha puesto esa pasión en la cabeza.

La Fléche.— ¿Y por qué motivo le hacéis un misterio de vuestro amor?

Cleanto.— Para darle menos sospecha y conservar, si son menester, medios más fáciles de desviar ese casamiento. ¿Qué contestación has tenido?

La Fléche.— A fe mía, señor, que muy infelices son quienes han de tomar prestado, y con muy singulares cosas han de cargar aquellos que, como vos, ven-se reducidos a apelar a los usureros.

Cleanto.— ¿Luego no se hará el trato?

La Fléche.— Perdonad, Maese Simón, el corredor con quien tratamos, hombre activo y lleno de celo, dice haberse tomado gran pena por vos, y afirma que sólo vuestra fisonomía le ha ganado el alma.

Cleanto.— ¿Tendré, pues, los quince mil francos que pido?

La Fléche.— Sí tendréis; más con algunas menudas condiciones, que será menester aceptar, si estáis resuelto a que las cosas se ejecuten.

Cleanto.— ¿Te ha hecho Maese Simón hablar con el prestamista?

La Fléche.— Nada de eso hay, pues el usurero pone en ocultarse aun más recato que vos, y estos son misterios mayores de lo que pensáis. No se quiere declarar su nombre, y hoy se le enfrentará con vos, en casa ajena, para saber de vuestra boca cuáles son vuestra hacienda y familia. No dudo de que el solo nombre de vuestro padre allanará las cosas.

Cleanto.— Tanto más cuanto que mi madre no vive y no se me puede privar de su herencia.

La Fléche.— Oíd algunas cláusulas que el mismo usurero ha dictado a nuestro mediador, para seros mostradas antes de hacer cosa alguna: «Supuesto que el prestamista vea claras garantías, y que el prestatario sea mayor de edad, y de familia cuya hacienda fuere amplia, sólida, segura, clara y limpia de todo gravamen, se hará una buena y exacta obligación ante notario, el hombre más honrado que se pueda, y que, a este efecto, será elegido por el prestador, a quien importa mucho que el acta de préstamo sea debidamente redactada».

Cleanto.— Nada hay que decir a eso.

La Fléche.— «El prestador por no cargar su conciencia con escrúpulo alguno, no quiere dar su dinero sino al uno por dieciocho».

Cleanto.— ¿Al uno por dieciocho? Pardiez, que es hombre honrado! No hay motivo de queja.

La Fléche.— Verdad es. Mas seguid escuchando: «Pero como dicho prestador no tiene consigo la cantidad de que se trata, y como para complacer al presta-

tario vese constreñido él mismo a tomar prestado de otro, al interés de un dinero por cinco, procederá que el dicho primer prestatario pague este interés, sin perjuicio del otro restante, atendiendo a que no es sino por complacerle por lo que dicho prestador se compromete al mencionado préstamo».

Cleanto.— ¡Diablo, y qué judío! ¡Qué perro moro! ¡Si es un interés de más del uno por cuatro!

La Fléche.— Cierto; ya os lo dije yo, Vedlo, pues.

Cleanto.— ¿Qué quieres que vea? Necesito dinero y es menester que consienta en todo.

La Fléche.— Esa contestación he dado yo.

Cleanto.— ¿Falta más?

La Fléche.— Tan sólo esta otra clausulilla: «De los quince mil francos que se piden, el prestador no podrá dar en dinero sino doce mil libras, y los mil escudos restantes será forzoso que el prestatario los tome en las prendas, efectos y cosas de que sigue inventario, y que el dicho prestador ha puesto, de buena fe, al más módico precio que le ha sido posible».

Cleanto.— ¿Qué quiere decir eso?

La Fléche.— Atended la relación: «Primeramente, un lecho de cuatro pies, con frazadas de punto de Hungría, muy pulcramente aplicadas sobre un paño de color de oliva, con juego de seis sitaliales y colcha de lo mismo, todo bien acondicionado, más un tafetancillo tornasolado rojo y azul. Item, un pabellón para el lecho, de buena sarga de Aumale, color rosa seca, con franja y flecos de seda».

Cleanto.— ¿Qué quiere ese hombre que haga yo con tales cosas?

La Fléche.— Escuchad: «Item, una colgadura de tapicería, con los amores de Gombaut y Macea. Item, una mesa grande, de madera de nogal, con doce patas o pilares torneados, extensible por los dos extremos y provistas de seis escabeles...»

Cleanto.— ¿Para qué, ¡voto a Cribas!, puedo yo querer...?

La Fléche.— Tened paciencia: «Item, tres mosquetes grandes, con incrustaciones de nácar y perlas y las

tres correspondientes horquillas. Item, una hornilla de ladrillo, con dos retortas y tres recipientes, muy útiles para los que gustan de destilar».

Cleanto.— ¡Esto es demasiado!

La Fléche.— Calmaos. «Item, un laúd de Boulogne, con todas sus cuerdas o poco menos. Item, un juego de pasabolas, y un tablero de damas, con un juego de la oca al estilo del de los griegos, muy apto para pasar el tiempo cuando no se tiene qué hacer. Item, una piel de caimán, de tres y medio, llena de paja, curiosidad agradable para colgar en el techo de una habitación. Todo lo arriba mencionado vale puntualmente más de cuatro mil quinientas libras y es rebajado a mil escudos por discreción del prestador».

Cleanto.— ¡La peste le ahogue con su discreción, traidor y verdugo que él es! ¿Se ha oído hablar jamás de usura semejante? ¡No se conforma con el furioso interés que me exige, y aun ha de obligarme a tomar por tres mil libras las basuras viejas que recoge! No sacaría yo de ello ni doscientos escudos; y sin embargo, he de plegarme a lo que quiere, porque se halla en condición de hacérmelo todo aceptar y me tiene puesto, el malvado, el puñal en la garganta.

La Fléche.— Yo os veo, señor, y no os enojéis, precisamente en el ancho camino que seguía Panurgo para arruinarse tomando dinero adelantado, comprando caro, vendiendo barato y comiéndose el trigo antes de madurar.

Cleanto.— ¿Qué quieres que haga? A esto se ven reducidos los jóvenes por la maldita avaricia de los padres. Y aun hay quien extraña que los hijos deseen que los padres mueran.

La Fléche.— Menester es confesar que el vuestro sublevaría contra su avaricia al hombre más reposado del mundo. Yo no tengo, loado sea Dios, inclinaciones patibularias, y entre mis compadres, a quienes veo mezclarse en muchos comercios menudos, sé no meterme de hoz y coz en el juego, y apartarme prudentemente de todas las galanuras que huelan, por poco que sea, a escalera de cadalso; mas, a decir ver-

dad, vuestro padre, con su proceder, me da tentación de robarle, y aun creería, robándole, cumplir acción meritoria.

Cleanto.— Dame acá ese inventario, que lo repase otra vez.

ESCENA II

Maese Simon, Harpagon, Cleanto, La Fléche

Maese Simon.— Sí, señor: es un joven que ha menester dinero. Sus asuntos le fuerzan a buscarlo y él pasará por cuanto le prescribiereis.

Harpagon.— Pero, ¿creéis, Maese Simon, que no hay nada que arriesgar, y sabéis el nombre, bienes y familia de aquel de quién habláis?

Maese Simon.— No, no puedo instruiros profundamente, pues sólo por casualidad se han dirigido a mí; pero de todo seréis satisfecho por el joven mismo, y su hombre me ha asegurado que cuando le conozcáis os contentaréis. Cuanto puedo deciros es que su familia es muy rica, que él es huérfano de madre, y que se obligará, si lo queréis, a que su padre muera antes de ocho meses.

Harpagon.— Eso es algo. La caridad, Maese Simon nos obliga a complacer a las personas cuando podemos.

Maese Simon.— Así es.

La Fléche.— ¿Qué será esto? Maese Simon habla a vuestro padre.

Cleanto.— ¿Le habrá dicho lo que buscó? ¿Habrás sido tú capaz de traicionarme?

Maese Simon (a Cleanto y La Fléche).— ¡Cuán apresurados andáis! ¿Quién os ha dicho que el negocio era en esta casa? No soy yo, señor, quién les ha descubierto vuestro nombre y morada, mas en mi opinión no hay gran mal en ello. Son ambas personas discretas y aquí podéis explicaros todos reunidos.

Harpagon.— ¿Eh?

Maese Simon.— El señor es la persona que quiere tomaros en préstamo las quince mil libras de que os hablé.

Harpagon.— ¿Cómo bellaco? ¿A estos culpables extremos te entregas?

Cleanto.— ¿Cómo padre mío? ¿Tan vergonzosas acciones practicáis?

Harpagon.— ¿Conque quieres arruinarte con tan censurables préstamos?

Cleanto.— ¿Conque queréis enriqueceros con tan criminales usuras?

Harpagon.— ¿Osas tras esto comparecer ante mí?

Cleanto.— ¿Osáis tras esto, presentaros a los ojos del mundo.

Harpagon.— ¿No te avergüenza, di, caer en estos desenfrenos? ¿Precipitarte en dilapidaciones tan terribles? ¿Disipar vergonzosamente la hacienda que tus padres acumularon con tantos sudores.

Cleanto.— ¿No os sonrojáis de deshonar vuestra condición con los tratos que hacéis? ¿De sacrificar honra y reputación al insaciable deseo de amontonar escudo sobre escudo? ¿De recurrir, en materia de interés, a las más infames sutilezas que jamás hayan inventado los más célebres usureros?

Harpagon.— ¡Quítate de mi vista, bribón, quítate de mi vista!

Cleanto.— ¿Quién, a vuestro juicio, es el más criminal? ¿El que compra un dinero que necesita, o el que roba un dinero del que no sabe qué hacer?

Harpagon.— Retírate, digo, y no me calientes los cascos. No me desplace esta aventura. Aviso es de que debo andar más atento que nunca a todos sus actos.

ESCENA III

Frosina, Harpagon

Frosina.— Señor...

Harpagón.— Esperad un momento: ahora vuelvo a hablaros. (Aparte) Es conveniente que dé una ojeada a mi dinero.

ESCENA IV

La Flèche, Frosina

La Flèche.— ¡Estupenda aventura! Menester es que haya por aquí algún amplio almacén de trastos, porque ninguno hemos reconocido en el inventario que tenemos.

Frosina.— ¡Ah, eres tú, mi buen amigo La Flèche! ¿Cómo es este encuentro?

La Flèche.— ¡Ah, ah! ¿Eres tú Frosina? ¿Qué vienes a hacer aquí?

Frosina.— Lo que hago por doquier: entremeterme en asuntos, prestar servicios a las gentes, y aprovechar lo mejor que me es dable los pocos talentos que puedo tener. Ya sabes que en este mundo ha de vivirse de mañas y que a personas como yo el Cielo no les ha dado otras rentas sino la intriga y la industria.

La Flèche.— ¿Tienes algún negocio con el dueño de la casa?

Frosina.— Un asuntillo de trabajo, del que espero alguna recompensa.

La Flèche.— ¿De él? A fe mía que serás muy despejada si le sacas alguna cosa. Adviértote que el dinero aquí anda muy caro.

Frosina.— Ciertos servicios hay que lo sacan maravillosamente.

La Flèche.— Beso vuestras manos, pero tú no conoces al señor Harpagon. El señor Harpagon es, de todos los humanos, el humano menos humano; de todos los mortales, el mortal más duro y cerrado. No hay servicio que lleve la benevolencia de ese hombre al punto de hacerle abrir las manos. Alabanzas, estima,

amistad y benevolencia de palabras, tendrás cuantas quisieres; pero de dinero no hablemos. No hay nada más seco y árido que sus buenas gracias y carantoñas, y dar es palabra por la que siente tal aversión, que nunca dice «Os doy», sino «Os presto» los buenos días.

Frosina.— Por Dios que conozco el arte de sangrar a los hombres. Yo tengo el secreto de abrirme sus ternuras, de halagar sus corazones, de quebrar sus puntos flacos.

La Flèche.— Fruslerías en este caso todas ellas. Te desafío a enternecer, en punto a dinero, al hombre de que hablamos. Es implacable como un turco, y con una turquería que desespera a todos. Así se le mata, no aflojaría la bolsa. Dígote, en resumen, que ama el dinero más que la reputación, el honor y la virtud; y el ver a un peticionario le da convulsiones... Pedirle es herir lo que le duele, es perforarle el corazón, es arrancarle las entrañas, y si... Pero veo que viene. Yo me retiro.

ESCENA V

Harpagon, Frosina

Harpagon (aparte).— Todo va bien. (A Frosina).
Ea, Frosina, ¿qué hay?

Frosina.— ¡Dios mío, qué buena traza tenéis! ¡Se os lee la salud en la cara!

Harpagon.— ¿A mí?

Frosina.— Nunca he visto semblante tan lozano y saludable!

Harpagon.— Bueno, bueno...

Frosina.— En vuestra vida habéis estado tan joven como ahora. Conozco mozos de veinticinco años que están más viejos que vos.

Harpagon.— Empero, Frosina, ya tengo sesenta bien cumplidos.

Frosina.— ¿Y qué son sesenta años? Decidme, ¿qué? Esa es la flor de la edad; vos entráis ahora en la mejor época del hombre.

Harpagon.— Verdad es; pero veinte años menos paréceme que no me harían daño alguno.

Frosina.— ¿Os mofáis? No habéis menester de eso, que sois de madera de vivir hasta los cien años.

Harpagon.— ¿Lo cree así?

Frosina.— Con certeza. Tenéis todas las señales de ello. Estaos quieto un instante. Ya os veo, entre los dos ojos, un signo de larga vida.

Harpagon.— ¿Entiendes de eso?

Frosina.— Sin duda. Mostradme la mano. ¡Dios mío, qué línea de vida!

Harpagon.— ¿Cómo?

Frosina.— ¿No veis hasta dónde llega esta línea?

Harpagon.— Sí; mas, ¿qué quiere decir?

Frosina.— A fe mía que dice cien años, pero vos pasaréis de los cientos veinte.

Harpagon.— ¿Es posible?

Frosina.— Os aseguro que para acabar con vos habrá que mataros. Vos veréis enterrados a vuestros hijos y a los hijos de vuestros hijos.

Harpagon.— Más vale así. ¿Cómo va nuestro negocio?

Frosina.— ¿Es necesario preguntármelo? ¿Se me ha visto mezclarme en nada que no salga bien? Tengo para los casamientos, en especial, un talento maravilloso, y no hay en el mundo partidos que no tenga medios yo de ajustar en corto tiempo. Tanto, que creo que si en la cabeza se me pusiese, podría casar al Gran Turco con la República de Venecia (1). Y sin duda, en vuestro asunto no había tan grandes dificultades. Como tengo trato con esas señoras, les he hablado mucho de vos a entrambas, y he dicho a la madre el designio que sobre Mariana habéis concebido viéndola pasar por la calle y tomar el aire en la ventana.

Harpagon.— ¿Y qué ha contestado?

(1) Alusión a la enemistad turco-veneciana. (N. del traductor.)

Frosina.— La madre ha recibido la proposición con alegría, y cuando la he dicho que deseabais con ahinco que su hija asistiese esta noche al contrato del matrimonio de la vuestra, ha consentido sin trabajo, y me ha confiado su hija para ello.

Harpagon.— Es el caso, Frosina, que véome obligado a dar una cena al señor Anselmo, y me placaría que ella fuese de la partida.

Frosina.— Tenéis razón. Ella cuenta, luego de comer, visitar a vuestra hija y después darse una vuelta por el ferial, de donde puede volver a la cena.

Harpagon.— Les prestaré mi carroza para que las dos vayan juntas.

Frosina.— Eso es justamente lo que conviene y apruebo vuestra decisión.

Harpagon.— Mas dime, Frosina: ¿no has platicado con la madre sobre la hacienda que puede dar a su hija? ¿No le has dicho que era menester ayudarse un poco, hacer algún esfuerzo, sangrarse la bolsa para una ocasión como ésta? Porque, al fin y a la postre, no es usual casarse con una doncella si ella no aporta alguna cosa.

Frosina.— ¿Pues cómo? ¡Si es una moza que os aportará doce mil libras de renta!

Harpagon.— ¿Doce mil libras de renta?

Frosina.— Sí. En primer lugar ha sido criada con gran parsimonia de boca, y está hecha a no comer sino lechuga, leche, queso y patatas, por lo cual no necesitará mesa bien servida, ni caldos exquisitos, ni cremas de cebada continuas, ni los demás refinamientos que habría menester otra mujer; y esto no vale tan poco que no monte, todos los años, a tres mil francos por lo menos. Otrosí, no se inquieta sino de un atavío muy sencillo, y no gusta de ropas soberbias, ni de joyas ricas, ni de muebles suntuosos, cosas en las que sus semejantes suelen dar con tanto ardor; y este artículo alcanza a más de cuatro mil libras al año, además tiene una horrible aversión por el juego, lo que no es común a las mujeres de hoy. Una de nuestro barrio sé que ha perdido, al treinta y cuarenta, veinte mil francos este

año (1). Mas calculemos sólo la cuarta parte. Cinco mil francos de juego por año, y cuatro mil de ropas y alhajas, hacen nueve mil libras, y mil escudos que ponemos por el sustento, ¿no son, en junto, doce mil francos contantes y sonantes?

Harpagon.— No está mal urdido, pero no es cuenta que tenga nada de real.

Frosina.— Perdonadme. ¿No es cosa real aportaros al matrimonio gran frugalidad, la herencia de una gran inclinación por la sobriedad de atavíos, y la adquisición de un gran fondo de odio por el juego?

Harpagon.— Paréceme burla querer constituirme su dote con todos los gastos que no me ha de hacer. Ten por cierto que no extenderé recibo de lo que no me entreguen, y preciso es que se me dé alguna cosa.

Frosina.— ¡Dios mío! Sí recibiréis, y bastante; que me han hablado de cierto país donde tienen bienes de que vos seréis dueño.

Harpagon.— Habrá que ver eso. Una cosa más me inquieta, Frosina. Mariana es joven, según tú ves, y las jóvenes, de ordinario, no gustan sino de los jóvenes y no buscan más que su compañía. Temo que un hombre de mi edad no sea de su agrado y que ello venga a producir en mi casa ciertos menudos desórdenes que no me acomodarían mucho.

Frosina.— ¡Ah, y cuán mal la conocéis! Que aun una particularidad suya me falta decir. Y es que tiene espantosa aversión por todos los jóvenes y no siente amor sino por los viejos.

Harpagon.— ¿Mariana?

Frosina.— Sí, Mariana. Quisiera que la hubiéseis oído hablar al propósito. Creed que no puede sufrir la vista de un joven ni se siente seducida, a lo que dice, sino por la presencia de un hermoso viejo, de majestuosa barba. Los más viejos son para ella los más encantadores, al punto que os aconsejo no procurar fingir con ella más juventud de la que tenéis, pues quie-

(1) El vicio del juego se había extendido infinitamente en Francia en aquella época, y las mujeres no eran las menos apasionadas por él. (N. del Traductor.)

re que su esposo sea, cuando menos, sexagenario. Aun no hace cuatro meses, que hallándose en vísperas de casar, rompió bonitamente el compromiso sólo porque su galán le hizo ver que únicamente tenía cincuenta y seis años y porque no se puso lentes para firmar el contrato de esponsales.

Harpagon.— ¿Sólo por eso?

Frosina.— Sí. Dice que cincuenta y seis años, nada más, no la contentan, y, sobre todo, inclínase a las narices que llevan lentes.

Harpagón.— Cosa nueva me dices, en verdad.

Frosina.— Su humor en eso va más lejos de cuanto cabe decir. Hay en su cuarto algunos cuadros y estampas, y ¿de quiénes pensáis que son? ¿De los Adonis, de los Céfalos, de los Paris o de los Apolos? No, sino buenos retratos de Saturno, del rey Príamo, del anciano Néstor, y del buen Anquises a espaldas de su hijo.

Harpagon.— Es cosa admirable. No había pensado yo en eso y me cuadra ver que es de tal inclinación. Porque, en efecto, de haber sido yo mujer, no hubiese amado a los hombres jóvenes.

Frosina.— Así lo creo. ¡Buenos pájaros son los jóvenes para amarlos! Mocosos y galanzuelos como son, no hallo qué apetito puede dar su piel, y me gustaría saber qué envidia tienen.

Harpagon.— Por mí, no lo comprendo, ni sé cómo hay mujeres a las que les gustan tanto.

Frosina.— Alguna loca de remate será. Hallar la juventud amable, ¿es tener sentido común? ¿Es que son hombres esos jovenzuelos boquirrubios y puede tomarse afecto a semejantes animales?

Harpagon.— Eso digo yo siempre. Son cosa de ver, con su traza de palominos, sus tres pelillos de barba erizados como el bigote de un gato, sus pelucas de estopa, sus calzones ahuecados y el vientre poco menos que al aire.

Frosina.— Bien hilvanado está eso, como propio de vos. Vos sí sois un hombre de los que gustan. Hay en vos lo bastante para satisfacer a la vista, y es así

como el varon ha de estar conformado y así ha de ir vestido para inspirar amor (1).

Harpagon.— ¿Me encuentras bien?

Frosina.— ¿Cómo no? Sois encantador y tenéis un talle digno de ser pintado. Volveos, si gustáis. No puede hallarse nada mejor. Andad: quiero veros. No cabe cuerpo mejor hecho, más suelto, desenvuelto como es de razón, no tullido por ninguna dolencia.

Harpagon.— Ninguna grande tengo, gracias a Dios. Sólo un catarro que me asalta de tiempo en tiempo.

Frosina.— Ello no es nada. Vuestro catarro no os aviene mal, porque tenéis buena gracia para toser.

Harpagon.— Dime acá: ¿no me ha visto Mariana aún? ¿No ha reparado en mí, de pasada?

Frosina.— No; mas hemos hablado mucho de vos. Yo le he trazado un retrato de vuestra persona y no he omitido alabar vuestro mérito y la ventaja que hallará en tener un marido como vos.

Harpagon.— Bien has hecho y te lo agradezco.

Frosina.— Tengo ahora, señor, una supliquilla que formularos. (Harpagon asume un talante grave). Ando en un pleito que me encuentro a punto de perder, por falta de un poco de dinero, y vos podríais con facilidad procurarme la ganancia de ese litigio si tuvieses alguna bondad conmigo... No sabéis el placer que sentirá Mariana viéndoos. (Harpagon recobra su jovialidad). ¡Cuánto la complaceréis, y cómo vuestra gorguera a la antigua causará sobre su ánimo un admirable efecto! Pero le agradarán, sobre todo, vuestros calzones, atacados al jubón con agujetas. Eso la volverá loca por vos. Un amante enagujetado será para ella maravillosamente apeteciente.

Harpagon.— Mucho me satisface que digas eso.

Frosina.— A la verdad, señor, ese pleito. (Harpagon vuelve a mostrar el rostro severo) me es de la mayor consecuencia. Arruinada quedaré si lo pierdo, y alguna pequeña ayuda restablecería mis negocios... Quisiera que hubiéseis visto lo absorta y subyugada

(1) Harpagon viste —ejemplo, las agujetas— con arreglo a una moda muy atrasada para su tiempo. (N. del Traductor.)

que Mariana estaba oyéndome hablar de vos. (Harpagon se torna jovial otra vez). Sus ojos brillaban de alegría oyendo vuestras cualidades, y en resumen la he puesto en impaciencia extrema de ver este casamiento concluído.

Harpagon.— Mucho contento me has dado, Frosina, y confieso deberte las mayores obligaciones.

Frosina.— Ruégoos, señor, que me deis el pequeño socorro que os solicito. (Harpagon se pone serio). Eso enderezará mis cosas y yo os quedaré eternamente reconocida.

Harpagon.— Adiós. Voy a terminar mis despachos (1).

Frosina.— Os aseguro, señor, que nunca podríais aliviarme mayor aprieto.

Harpagon.— Ya daré orden de que dispongan la carroza para conducirnos a la feria.

Frosina.— No os importunaría si a ello no me forzase la necesidad.

Harpagon.— Ya cuidaré de que se cene temprano para no perjudicaros trasnochando.

Frosina.— No me rehuséis la gracia que os solicito. No sabéis, señor, el placer que...

Harpagon.— Me voy. Oigo que me llaman. Hasta luego.

Frosina.— ¡Así te agobie la fiebre, perro avaro de mil demonios! El ladrón se ha cerrado a todos mis ataques; mas con todo no dejaré la negociación, porque en todo caso quedame el otro lado, yo estoy segura de hallar buena recompensa.

(1) Sus cartas comerciales. (N. del Traductor.)

ACTO III

ESCENA PRIMERA

Harpagon, Cleanto, Elisa, Valerio, Tía Claudia,
Maese Santiago, Brindavoine, La Merluche

HARPAGON.— Vamos, venid acá todos, a fin de que os distribuya mis órdenes para luego y disponga el empleo de cada uno. Acercaos, tía Claudia. Empecemos por vos, pues que tenéis las armas en la mano (refiriéndose a una escoba que empuña la criada). Os encargo de limpiarlo todo, pero cuidado de no restregar los muebles con demasiada fuerza, que se desgastan. Además os constituyo, durante la cena, en encargada de las botellas, y si alguna se pierde o alguna cosa se rompe, la descontaré de vuestro salario.

Maese Santiago.— ¡Discreto castigo!

Harpagon.— Idos. A vos, Brindavoine, y a vos, La Merluche, os pongo a cargo de lavar los vasos y de dar de beber, pero sólo cuando se tenga sed, y no según la costumbre de ciertos impertinentes lacayos, que acuden a provocar a la gente, incitando a beber cuando no se piensa en ello. Esperad a que os llamen más de una vez, y no olvidéis llevar siempre mucha agua.

Maese Santiago.— Sí; el vino puro súbese a la cabeza.

La Merluche.— ¿Nos quitamos los sayos, señor?

Harpagon.— Sí, mas sólo cuando véais venir a la gente; y andad con cuidado de no echar a perder vuestros trajes.

Brindavoine.— Bien sabéis, señor, que la pechera

de mi jubón tiene una mancha grande de aceite de la lámpara.

La Merluche.— Y mi calzón, señor, está agujereado por detrás y, con perdón sea dicho, se me ve...

Harpagon.— ¡Basta! Poneos siempre de espaldas a la pared y presentad siempre a la gente vuestra de lantera. Vos, Brindavoine, mantened siempre vuestro sombrero así, mientras sirváis (Harpagon se coloca el sombrero ante la pechera del jubón, para instruir a Brindavoine). Vos, hija mía, tened el ojo fijo en lo que se sirva y cuidad de que no se haga ningún despilfarro. Ello cuadra bien a las jóvenes. Pero preparaos también a recibir a mi dama, que vendrá a visitaros y a llevaros consigo a la feria. ¿Entendéis lo que os digo?

Elisa.— Sí, padre mío.

Harpagon.— Y vos, caballere, a quien he tenido la bondad de perdonar la historia de ha poco, no deis en la ocurrencia de poner a mi desposada mal rostro.

Cleanto.— ¿Yo mal rostro, padre mío? ¿Y por qué?

Harpagon.— ¡Dios mío! Bien sabemos la guisa de los hijos cuyos padres se casan segunda vez, y con qué ojos suelen mirar a las llamadas madrastras. Mas si anheláis que yo pierda el recuerdo de vuestra última calaverada, os recomiendo ante todo que regaléis a esa persona poniéndole buena cara y haciéndole la mejor acogida que posible os sea.

Cleanto.— A decir verdad, padre mío, no puedo prometeros holgarme mucho de que ella se trueque en mi madrastra, y si así no lo dijere, mentiría. Más en cuanto a ponerle buena cara y recibirla bien, os prometo obedeceros puntualmente en este capítulo.

Harpagon.— Cuando menos, reportaos.

Cleanto.— Vos veréis que en eso no tendréis queja de mí.

Harpagon.— Muestra daréis con ello de prudencia. Ayúdame ahora, Valerio. Hola, Maese Santiago. acercaos, que os he dejado para lo último.

Maese Santiago.— ¿Habláis, señor a vuestro cochero o a vuestro cocinero? Porque soy entrambas cosas.

Harpagon.— A los dos hablo.

Maese Santiago.— Pero primero, ¿a quién?

Harpagon.— Al cocinero.

Maese Santiago.— Esperad, pues, si gustáis.

(Se quita la casaca de cocheros y aparece vestido como cocinero).

Harpagon.— ¿Qué diantre de ceremonia es ésa?

Maese Santiago.— No tenéis sino hablar.

Harpagon.— Me he comprometido, Maese Santiago, a dar esta noche una cena.

Maese Santiago.— ¡Gran maravilla es!

Harpagon.— Dime: ¿harásnos buena comida?

Maese Santiago.— Sí, si me dais abundante dinero.

Harpagon.— ¡Diablos de dinero! ¡Siempre dinero! ¡Parece que no tuvieren otra cosa que decir! «Dinero, dinero, dinero». No tienen otra palabra en la boca: «Dinero». ¡Siempre habláis de dinero! No dais en otra flor que en pedirlo.

Valerio.— Yo no he visto nunca, señor, respuesta más impertinente que la de este hombre. ¡Gran maravilla hacer buena comida con abundante dinero! Esa es la cosa más fácil del mundo y no hay ingenio tan pobre que no hiciere otro tanto. Mas para obrar como hombre sagaz, ha de hacerse buena comida con poco dinero.

Maese Santiago.— ¿Buena comida con poco dinero?

Valerio.— Sí.

Maese Santiago.— A fe mía, señor intendente, que mucho nos obligaríais haciéndonos ver ese secreto y tomando mi cargo de cocinero; que en todo os mezcláis aquí, como factótum que sois.

Harpagon.— Callad. ¿Cuánto será menester?

Maese Santiago.— Decidlo al señor intendente, que os haré buena comida con poco dinero.

Harpagon.— ¡Chitón! Quiero que contestes tú.

Maese Santiago.— ¿Cuántos seréis a la mesa?

Harpagon.— Ocho o diez, pero sólo es preciso contar para ocho. Donde comen ocho comen diez.

Valerio.— Por supuesto.

Maese Santiago.— Harán falta cuatro potajes con buenos tropiezos y cinco principios. De potajes, sopa de

cangrejos, jigote de perdiz con coles verdes, caldo de enfermo, y potaje de pato con nabos. De principios, pollos cochifritos, empanada de palominos, solomillo de ternera, salchicha blanca y setas.

Harpagon.— ¡Qué diablo! Eso es bastante para alimentar a una ciudad entera.

Maese Santiago.— El asado, servido en una fuente grandísima, ha de ser: una gran lonja de ternera meral, tres faisanes, tres pollos cebados, doce pichones de palomar, doce pollitos tomateros, doce gazapos de conejera, doce perdices, dos docenas de codornices, tres docenas de pájaros menudos... (1).

Harpagon (cubriéndole la boca con la mano).— ¡Ah, traidor! ¡Tú devoras toda mi hacienda!

Maese Santiago.— Entremeses...

Valerio.— ¿Es que queréis acabar con todos, Maese Santiago? ¿Acaso nuestro señor invita a las gentes para asesinarlas a fuerza de vituallas? Leed los preceptos de la salud (2) y preguntad a los médicos si hay algo más nocivo para el hombre que comer en exceso.

Harpagon.— Tenéis razón.

Valerio.— Sabed, Maese Santiago, vos y los que se os asemejan, que no hay degolladera mejor que una mesa demasiado abastecida; que para mostrarse buen amigo de aquellos a quienes se invita, es menester que reine la frugalidad en las comidas que se les ofrecen; y que, como dijo un antiguo, se ha de comer para vivir y no vivir para comer.

Harpagon.— ¡Oh, cuán bien dicho está eso! Ven acá, que te lo pague con un abrazo. Esa es la más hermosa sentencia que he oído en mi vida. Se ha de vivir para comer y no comer para vi... No, no es eso ¿Cómo has dicho?

Valerio.— Se ha de comer para vivir y no vivir para comer.

(1) En muchas de las ediciones de Moliere, esta enumeración queda reducida casi a la nada, lo que torna inoperantes, a mi juicio, las interrupciones y protestas de Harpagon. Me he atendido al texto de la edición de 1682. (N. del Traductor.)

(2) Los preceptos de la Escuela Salernitana. (N. del Traductor.)

Harpagon.— Eso. ¿Oyes, Maese Santiago? Y tú, Valerio, dime: ¿qué gran hombre dijo eso?

Valerio.— No recuerdo ahora su nombre.

Harpagon.— Acuérdate de escribirme esas palabras, que quiero hacerlas grabar en letras de oro en la chimenea de mi sala.

Valerio.— No lo olvidaré. Y en cuanto a la cena, dejadme hacer, que yo lo arreglaré todo.

Harpagon.— Obra, pues.

Maese Santiago.— Mejor es; así tendré mucho menos trabajo.

Harpagon.— Convendrán cosas de esas de las que se come poco y sin embargo ya sacian desde el principio: algún guisado con mucha salsa, y algo de carne empanada bien guarnecida de castañas.

Valerio.— Confiad en mí.

Harpagon.— Ahora, Maese Santiago, sabed que conviene limpiar mi carroza.

Maese Santiago.— Esperad. Ahora habláis al cochero (se pone la casaca). Decíais...

Harpagon.— Que conviene limpiar mi carroza y disponer a mis caballos para conducirla a la feria.

Maese Santiago.— ¿Vuestros caballos, señor? A fe mía que no los creo en condiciones de andar. No os diré que estén enfermos en la pajaza, porque las pobres bestias no la tienen, y ello no sería hablar con propiedad; pero les hacéis observar tan austeros ayunos, que no son ya caballos sino ideas, fantasmas o remedos de caballos.

Harpagon.— ¡Motivos tienen para enfermar! No hacen nada.

Maese Santiagó.— Y por no hacer nada, señor, ¿no ha de comerse nada? Más les valdría a los pobres animales trabajar mucho y comer lo mismo. Me parte el corazón verlos tan extenuados, porque al fin siento tanta ternura por mis caballos, que me parece que yo mismo sufro cuando los veo padecer, y por ellos me quito a diario la comida de la boca. Es señor, tener natural muy duro el no sentir piedad del prójimo.

Harpagon.— No les será gran trabajo ir hasta la

feria.

Maese Santiago.— No, señor: no tengo valor para conducirlos y seríame puntillo de conciencia fustigarlos en el estado en que se hallan. ¿Cómo queréis que arrastren una carroza si no pueden arrastrarse a sí mismos?

Valerio.— Señor: yo haré a nuestro vecino, el picardo, que los conduzca. Además, Maese Santiago nos será menester aquí para aderezar la cena.

Maese Santiago.— Sea así: prefiero que los animales mueran en manos de otro que no en las mías.

Valerio.— Maese Santiago hácese el razonador.

Maese Santiago.— El señor intendente hácese el necesario.

Harpagon.— ¡Paz!

Maese Santiago.— No puedo con los aduladores, señor, y bien veo que cuanto hace vuestro intendente, con su vigilancia perpetua del pan y el vino, la leña, la sal y la candela, no es sino para satisfaceros el gusto y cortejaros. Y esto enójame, y me irrita oír todos los días lo que se dice de vos, porque al cabo tengo afecto por vos y sois, después de mis caballos, la persona a quien más quiero.

Harpagon.— ¿Puedo saber, Maese Santiago, lo que se dice de mí?

Maese Santiago.— Sí señor, si yo estuviese seguro de que ello no os incomodaría.

Harpagon.— No me incomodará en manera alguna.

Maese Santiago.— Perdonad, mas bien sé que os encolerizaréis.

Harpagon.— Nada de eso. Será, por lo contrario complacerme, pues me agrada saber cómo se habla de mí.

Maese Santiago.— Ya que así lo queréis, os diré con franqueza que por doquiera se mofan de vos; que de todas partes nos lanzan cien pullas a propósito de vos; que nadie tiene nunca más gusto que cuando pueden morderos las posaderas y hacer relatos de vuestra avaricia. Tal dice que os mandáis imprimir almanaques



particulares, donde hacéis doblar las t mporas y las vigili-
as, para beneficiaros de los ayunos que así impon is
a vuestra gente. Otro afirma que siempre tenéis pres-
ta una querrela con vuestros criados para hallar razón
de no darles nada cuando llega el tiempo de los agui-
nados o se despiden de vos. Uno cuenta que una vez
hicist is comparecer ante el juez a un gato de la ve-
cindad, que se os comió los restos de un jigote de car-
nero. Uno más, que se os sorprendió una noche vinien-
do de robar la avena de vuestros propios caballos y
que vuestro cocinero, que era el anterior a mí, os dió
en la obscuridad no s  cuantos bastonazos, de los que
nada quisisteis decir. Más, en fin,  quer is que os lo es-
clarezca todo? Pues sabed que no cabe ir a parte al-
guna donde no se oiga dejaros muy bien servido. Vos
sois motivo de cuentos y hazmerreír de todos, y nunca
se habla de vos sino con los nombres de avaro, de la-
dr n, de tacaño y de usurero.

Harpagón (golpeando a Santiago).— Sois un ne-
cio, un pillo, un bribón y un insolente.

Maese Santiago.—  No lo decía yo? No me habéis
querido creer. Bien tenía yo para mí que os incomo-
dar ais con la verdad.

Harpagón (golpe ndole).— Aprended a hablar.

ESCENA II

Maese Santiago, Valerio

Valerio.— Veo, Maese Santiago, que se paga mal
vuestra franqueza.

Maese Santiago.—  Voto a tal, señor recién llega-
do a la casa y hombre que os dais aires importantes,
que este no es asunto vuestro!  Re d de vuestros bas-
tonazos cuando os los den y dejad de re r de los m os!

Valerio.— Os ruego que no os incomod is. Maese
Santiago.

Maese Santiago (aparte).— Se amansa. Haréme el bravo y, si tan necio es que me cree, le valpulearé un poco. (A Valerio). ¿Sabéis, señor risueño, que yo no río y que, si me calentáis la cabeza, os haré reír de otra suerte?

(Maese Santiago empuja a Valerio hasta el extremo del escenario, amenazándole).

Valerio.— ¡Eh! Calma, calma.

Maese Santiago.— ¿Cómo, calma? No me place tenerla.

Valerio.— Os lo ruego.

Maese Santiago.— Sois un impertinente.

Valerio.— ¡Señor Maese Santiago...!

Maese Santiago.— No hay señor Maese Santiago que valga. Como coja un bastón os apalearé de lo lindo.

Valerio (empujando a Maese Santiago y haciéndole retroceder como antes Santiago a él).— ¿Conque un bastón?

Maese Santiago.— No decía eso.

Valerio.— ¿Sabéis, señor sandio, que soy muy capaz de apalearos yo a vos?

Maese Santiago.— No lo dudo.

Valerio.— ¿Y que no sois, por toda cosa, sino un bellaco de cocinero?

Maese Santiago.— Bien lo sé.

Valerio.— ¿Y que no me conocéis aún?

Maese Santiago.— Perdonadme.

Valerio.— ¿Decíais que me ibais a apalear?

Maese Santiago.— Díjelo por broma.

Valerio.— Pues no me place vuestra broma. (Ases-tándole varios bastonazos.) Aprended que sois un mal bromista.

Maese Santiago.— ¡Peste con la sinceridad, y qué mal oficio es! De hoy más renuncio a ella y no quiero volver a decir verdad. Pase aun que me zurre mi dueño, que derecho tiene; pero de ese señor intendente, si puedo, me vengaré.

ESCENA III

Frosina, Mariana, Maese Santiago

Frosina.— ¿Sabéis, Maese Santiago, si está vuestro amo en casa?

Maese Santiago.— Sí que está. ¡Harto lo sé!

Frosina.— Os ruego que le digáis que estamos aquí.

ESCENA IV

Mariana, Frosina

Mariana.— ¡En qué singular estado me encuentro, Frosina! Y a decirs lo que siento, ¡cuánta aprensión me embarga!

Frosina.— ¿Por qué y cuál es vuestra inquietud?

Mariana.— ¿Me lo preguntáis vos? ¿No imagináis las alarmas de una persona a punto de ver el suplicio al que se quiere someterla?

Frosina.— Bien veo que, para morir agradablemente, no es Harpagon el suplicio que elegiríais, y por vuestra cara conozco que el joven boquirrubio de que me hablasteis os vuelve un tanto al espíritu.

Mariana.— Sí, Frosina, y no es imputación de que quiera defenderme. Las visitas respetuosas que a nuestra casa ha hecho han producido, confiésolo, algún efecto en mi alma.

Frosina.— ¿Y habéis sabido quien es?

Mariana.— No, no lo sé, mas sí que tiene un talante que despierta amor; que, si pudiesen las cosas sujetarse a mi elección, yo le tomaría mejor que a otro, y que él contribuye no poco a hacerme encontrar un horrible tormento en el esposo que se quiere darme.

Frosina.— ¡Dios mío! Todos esos boquirrubios son agradables y saben expresarse muy bien; pero la mayoría son pobres como ratas y más os vale un marido viejo que os lleve mucha hacienda. Os confieso que los sentidos no se complacen tanto del modo que os digo, y también confieso que hay algunos menudos enojos que soportar con un esposo tal; pero esto no puede durar mucho y creedme que su muerte os pondrá pronto en estado de tomar otro marido más amable, que proveerá a todo.

Mariana.— Singular cosa es, Frosina, haber de desear, para ser feliz, la muerte de otro, sin contar que la muerte no siempre se ajusta a nuestros proyectos.

Frosina.— ¿Os burláis? No os casaréis sino a condición de que vuestro marido os deje pronto viuda; y tanto que ésa debiera ser una de las cláusulas del contrato. Muy impertinente sería vuestro esposo si no muriese de aquí a tres meses. Mas vedle, ahí, en persona.

Mariana.— ¡Oh, Frosina, qué catadura tiene!

ESCENA V

Harpagon, Frosina, Mariana

Harpagon.— No os ofendáis, mi bella, si acudo a vos provisto de mis anteojos. Bien sé que vuestros encantos saltan a la vista, que son harto notorios por sí solos y que no requieren anteojos para percibirlos; pero, al cabo, con anteojos es como se miran los astros, y yo sostengo y garantizo que vos sois un astro, y un astro que es el astro más bello que haya en el país de los astros (1). (A Frosina, aparte.) Noto, Frosina, que

(1) Esta clase de cumplidos responden a un estilo preciosista que tuvo boga en Francia cerca de medio siglo antes de la época de la obra. Harpagon, pues, emplea expresiones anacrónicas, propias de la época de su juventud. (N. del Traductor.)

no me contesta nada ni testimonia, a cuanto me parece, alegría alguna de verme.

Frosina.— Es que aun está muy sorprendida y además las jóvenes tienen siempre vergüenza de atestiguar al principio lo que sienten en el alma.

Harpagon.— Tienes razón. Ahí viene, hermosa niña, mi hija a saludaros.

ESCENA VI

Elisa, Harpagon, Mariana, Frosina

Mariana.— Tarde cumplo, señora, el deber de visitaros.

Elisa.— Habéis hecho, señora, lo que debíais, y a mí me correspondía anticiparme.

Harpagon.— Como veis, Mariana, mi hija es muy crecida ya; pero mala hierba, medra mucho.

Mariana (bajo, a Frosina). ¡Qué hombre tan desagradable!

Harpagon.— ¿Qué dice la bella?

Frosina.— Que os encuentra admirable.

Harpagon.— Es honor que me hacéis, adorable niña.

Mariana (aparte).— ¡Que animal!

Harpagon.— Os agradezco mucho vuestra opinión sobre mí.

Mariana (aparte).— No puedo más.

Harpagon.— Ahí llega mi hijo a complimentaros.

Mariana (aparte, a Frosina).— ¡Qué encuentro, Frosina! Ese es precisamente el galán de que os he hablado.

Frosina (a Mariana).— ¡Maravillosa aventura!

Harpagon.— Veo que os sorprende hallarme hijos tan mayores, mas pronto me libraré de uno y otra.

ESCENA VII

Cleanto, Harpagon, Elisa, Mariana, Frosina

Cleanto.— A decir verdad, señora, es ésta una aventura que yo no esperaba. Mi padre me ha sorprendido no poco diciéndome, un rato ha, el designio que había formado.

Mariana.— Lo mismo puedo deciros. Es un encuentro imprevisto que me ha sorprendido tanto como a vos, pues no estaba preparada a semejante aventura.

Cleanto.— De cierto, señora, mi padre no ha podido hacer mejor elección y es para mí notoria alegría el honor de veros; mas, con todo, no aseguraré que me regocije el designio de que podáis llegar a ser mi madrastra. Os confieso que, si así me favorecéis, ello es harto duro para mí. El título de madrastra, y perdonad, no os lo deseo. Estas razones parecerán brutales a algunos; pero seguro estoy de que vos sabréis tomarlas derechamente; de que pensaréis que un casamiento tal debe justamente contrariarme; de que no ignoraréis, sabiendo quien soy, que semejante enlace choca con mis intereses, y de que os contentará que os diga, con permiso de mi padre, que si las cosas dependiesen de mí este himeneo no se celebraría.

Harpagon.— ¡Cuán impertinentes cumplidos! ¡Buena confesión para hacérsela a una madrastra!

Mariana.— Si he de corresponderos, debo deciros que para mí las cosas son muy semejantes y que si vos tenéis repugnancia en verme vuestra madrastra no la tengo yo menos en veros mi hijastro. Mas os ruego que creáis que no soy yo quien trata de daros esa inquietud. Mucho me desplacería causaros sin sabor, y si no me viese obligada por una fuerza absoluta, os doy mi palabra de que no consentiría en el casamiento que tanto os duele.

Harpagón.— Tenéis razón: un cumplido sandio ha menester una respuesta igual. Os pido perdón, hermosa mía, de la impertinencia de mi hijo. Es un joven necio

que no sabe aun la consecuencia de las cosas que dice.

Mariana.— Yo os aseguro que lo dicho por él no me ha ofendido en lo más mínimo. Antes al contrario, me ha contentado oírle expresar así sus verdaderos sentimientos. Una confesión tal me satisface; si de otra manera hubiese hablado, yo le estimaría menos.

Harpagon.— Mucha bondad es en vos el querer excusar sus faltas. El tiempo le hará más discreto y vos veréis cómo cambia de opinión.

Cleanto.— No, padre mío. Soy incapaz de cambiar y desde ahora ruego a esta señora que lo crea.

Harpagon.— ¿Veis qué extravagancia? Aun se obstina más.

Cleanto.— ¿Pretendéis que traicione a mi corazón?

Harpagon.— ¿Seguís? ¿Querréis, acaso, decidme, cambiar de conversación?

Cleanto.— Puesto que pedís, padre, que hable de otro modo, consentid, señora, que me ponga en el lugar de mi progenitor y os confiese que no he visto en el mundo nada tan encantador como vos; que no concibo nada igual a la felicidad de agradaros, y que el título de esposo vuestro es una dicha y una gloria que yo preferiría a la suerte de los mayores príncipes de la tierra. Si, señora: la felicidad de poseeros es, a mis ojos, la mejor de las fortunas, y en ello pongo toda mi ambición. Nada hay que no sea capaz de hacer por una conquista tan preciosa, y ni los obstáculos más potentes...

Harpagon.— Sosiego, hijo, sosiego, si gustáis.

Cleanto.— Es un cumplido que hago en nombre vuestro.

Harpagon.— Lengua tengo para explicarme yo mismo y no he menester de un procurador como vos. Vamos, dadnos sillas.

Frosina.— Más vale que vayamos a la feria ahora para volver antes y conversar.

Harpagon.— Que enganchen, pues, los caballos a la carroza. Os ruego que disculpéis, bella mía, el que no haya pensado en ofreceros alguna colación antes de salir.

Cleanto.— Ya he provisto a ello, padre mío, y mandado traer algunos cestos de naranjas de la China y limas, así como confituras, que he hecho pedir de parte vuestra.

Harpagon (aparte, a Valerio).— ¡Valerio!

Valerio (aparte también).— Vuestro hijo ha perdido el seso.

Cleanto.— ¿Acaso creéis, padre, que no basta? Si es así, la señora nos excusará, sin duda.

Mariana.— No teníais que haberos molestado.

Cleanto.— ¿Habéis visto jamás, señora, diamante de más fulgor que el que mi padre lleva en el dedo?

Mariana.— Cierto es que brilla mucho.

Cleanto (quitando el diamante del dedo de su padre y dándolo a Mariana).— Vedlo más de cerca.

Mariana.— Es muy bello sin duda y de muchas luces.

Cleanto (poniéndose ante Mariana, que va a devolver la piedra a Harpagon).— No, señora: está en muy buenas manos. Es un presente que mi padre os hace.

Harpagon.— ¿Yo?

Cleanto.— ¿No es cierto, padre mío, que vos queréis que la señora guarde esa piedra por amor de vos?

Harpagon (aparte a su hijo).— ¿Qué dices?

Cleanto.— ¡Donosa pregunta! (A Mariana). Mi padre me hace seña de que aceptéis.

Mariana.— No, no lo quiero...

Cleanto.— ¿Os burláis? Mi padre no os lo tomará.

Harpagon (aparte).— ¡Oh, rabia!

Mariana.— Aceptarlo sería...

Cleanto (impidiendo a Mariana devolver la sortija).— No la devolváis. Ofenderíais a mi padre.

Mariana.— Os suplico...

Cleanto.— De ninguna manera.

Harpagon (aparte).— ¡La peste me lleve!...

Cleanto.— Mi padre se escandaliza de vuestra negativa.

Harpagon (bajo a su hijo).— ¡Traidor!

Cleanto.— ¿Véis cómo se desespera?

Harpagon (bajo amenazando a su hijo).— ¡Verdugo!

Cleanto.— La culpa no es mía, padre. Ya hago lo que puedo para obligarla a guardar vuestro don, pero ella se obstina...

Harpagon (con ira, siempre hablando a su hijo en voz baja).— ¡Bellaco!

Cleanto.— Vos sois causa, señora, de que mi padre me reprenda.

Harpagon (bajo, a su hijo, con iguales gesticulaciones).— ¡Truhán!

Cleanto.— Le haréis enfermar, señora. ¡No resistáis más, por Dios!

Frosina.— ¡Cielos, cuántos remilgos! Guardad la sortija, Mariana, pues lo quiere el señor Harpagon.

Mariana.— Para no encolerizaros, la retendré ahora y aprovecharé otra ocasión para devolvérosela.

ESCENA VIII

Harpagon, Mariana, Frosina, Cleanto, Brindavoine, Elisa

Brindavoine.— Señor, hay ahí un hombre que quiere hablaros.

Harpagon.— Dile que estoy ocupado y que vuelva otra vez.

Brindavoine.— Dice que os trae dinero.

Harpagon.— Perdonadme. En seguida vuelvo. (Va a salir).

ESCENA IX

Harpagon, Mariana, Cleanto, Elisa, Frosina, La Merluche

La Merluche (que entra corriendo y tropieza con Harpagon, haciéndole caer).— Señor...

Harpagon.— ¡Muerto soy!

Cleanto.— ¿Qué es eso, padre mío? ¿Os habéis hecho daño?

Harpagon.— Seguramente el villano ha recibido dinero de mis deudores para desnucarme.

Valerio.— Calmaos. No será nada.

La Merluche.— Os pido perdón, señor. Creí hacer bien viniendo con prisa.

Harpagon.— ¿Qué te trae aquí, verdugo?

La Merluche.— Deciros que vuestros dos caballos están desherrados.

Harpagon.— Que los lleven muy luego al herrador.

Cleanto.— En tanto que acaban de herrarlos, yo haré en vuestro nombre, padre mío, los honores de la casa, y conduciré a la señora al jardín, donde mandaré servir la colación.

Harpagón.— Ten ojo con todo esto, Valerio, y cuídate, te lo ruego, de ahorrar todas las cosas que puedas, para devolverlas al mercader.

Valerio.— Lo haré.

Harpagon.— ¡Oh, hijo impertinente! ¿Quieres arruinarme?

ACTO IV

ESCENA PRIMERA

Cleanto, Mariana, Elisa, Frosina

CLEANTO.— Pasemos aquí y estaremos mucho mejor. Nadie sospechoso hay cerca y podremos hablar con más libertad.

Elisa.— Mi hermano, señora, me ha confiado la pasión que siente por vos. Conozco las penas y sinsabores que tales cuitas pueden producir y os aseguro que me intereso con extremo afecto en vuestra aventura.

Mariana.— Dulce consuelo es ver interesada por mi una persona como vos, y os exhorto, señora, a que me conservéis siempre esa generosa amistad, muy capaz de mitigarme las crueldades de la suerte.

Frosina.— A fe mía que sois uno y otro infortunados en no haberme advertido antes de vuestro asunto. Sin duda, yo os habría apartado de esa inquietud y no habría conducido las cosas a donde se ve que están.

Cleanto.— ¿Qué quieres? Mi mala ventura lo ha hecho así. ¿Qué resoluciones son las vuestras, bella Mariana?

Mariana.— ¿Estoy yo en capacidad de tomar resoluciones? ¿Puedo, en mi situación, formar sino deseos?

Cleanto.— ¿No tengo en vuestro corazón otro apoyo que meros deseos? ¿Ninguna oficiosa piedad, ni operante afecto?

Mariana.— ¿Qué puedo deciros? Poneos en mi lugar y ved lo que me cabe hacer. Aconsejad y disponed vos mismo, Yo me confío a vos y os creo harto razonable para querer exigir de mí otras cosas que las permi-

tidas por el honor y el decoro.

Cleanto.— ¿Me reducís a lo que puedan permitirnos los tristes sentimientos de un riguroso honor y un escrupuloso decoro?

Mariana.— ¿Qué queréis que haga? Aunque yo pudiera pasar por encima de muchos miramientos a que nuestro sexo está obligado, tengo consideración por mi madre. Siempre me ha criado con extrema ternura y nunca podré determinarme a disgustarla. Actuad vos junto a ella; emplead todos vuestros cuidados en ganar su ánimo. Os doy licencia de hacer y decir cuanto queráis, y si no se trata más que de pronunciarme en vuestro favor, desde ahora consiento en hacer yo misma a mi madre una confesión de cuanto siento por vos.

Cleanto.— ¿No querriás ayudarnos, mi buena Frosina?

Frosina.— ¿Es menester preguntarlo? A fe que lo quiero de todo corazón. Ya sabéis que soy de natural muy humano. El cielo no me ha dado una alma de bronce y no siento sino agrado haciendo pequeños servicios a quienes se aman con toda buena intención y honestidad. ¿Qué podríamos hacer en esto?

Cleanto.— Piénsalo, te lo ruego.

Mariana.— Danos luces.

Elisa.— Encuentra alguna invención para romper lo que has hecho.

Frosina.— Ello es bastante difícil. Vuestra madre no es del todo irrazonable y podríamos ganárnosla y resolverla a transportar al hijo el don que quiere hacer al padre. Pero el mal que hallo aquí es que vuestro padre es vuestro padre.

Cleanto.— Por supuesto.

Frosina.— Quiero decir que guardará rencor si se le muestra que se le rehusa, y no estará de humor de convenir en vuestro casamiento. Sería menester, para lograrlo, que la renuncia viniera de él mismo, tratando por algún medio de disgustarle de vuestra persona, Mariana.

Cleanto.— Tienes razón.

Frosina.— Bien sé que tengo razón. Eso sería lo

preciso, más el diablo está en encontrar los medios. Oíd: siuviésemos alguna mujer un tanto madura, que fuere de mi talento, fingiese lo suficientemente bien para pasar por dama de calidad mediante un equipo y servidumbre organizados con prisa, y llevare algún raro nombre de marquesa o vizcondesa, que supusiéramos ser de la Baja Bretaña, yo tendría destreza bastante para hacer creer a vuestro padre que ella era dueña, aparte sus posesiones, de cien mil escudos contantes y sonantes; que estaba perdidamente enamorada de él y que deseaba verse trocada en su mujer al extremo de convenir en darle toda su hacienda por contrato matrimonial. No dudo de que él prestaría oído a la proposición, porque, si bien os ama mucho, Mariana, como lo sé, aun ama al dinero un tanto más. Y cuando, desvanecido por ese embauco, hubiera consentido en lo que os respecta, poco importaría que se desengañase al poner en claro lo de los bienes muebles de nuestra marquesa.

Cleanto.— Todo eso es cosa muy bien pensada.

Frosina.— Dejadme hacer. Acabo de recordar una de mis amigas que nos vendrá como anillo al dedo (1).

Cleanto.— Ten la certeza, Frosina, de mi reconocimiento si consigues llevar a buen término la cosa. Pero os ruego, encantadora Mariana, que comencemos por ganarnos a vuestra madre, pues siempre será hacer mucho lograr romper este casamiento. Os exhorto a que hagais por vuestra parte cuantos esfuerzos os sean posibles, sirviéndoos de todo el poder que sobre vuestra madre os da el cariño que os tiene. Desplegad sin reserva las elocuentes gracias, los todopoderosos encantos que el Cielo ha puesto en vuestros ojos y vuestra boca, y no olvidéis esas imploraciones tiernas, esas súplicas dulces y esas caricias conmovedoras a las cuales, según estoy persuadido, nada se puede rehusar.

Mariana.— Haré todo lo que pueda y no olvidaré cosa alguna.

(1) Este proyecto no vuelve a reaparecer en la obra. Moliere daba escaso valor a los convencionalismos teatrales. (N. del Traductor.)

ESCENA II

Harpagon, Cleanto, Mariana, Elisa, Frosina

Harpagon.— ¡Cáspita! Mi hijo besa la mano de su futura madrastra y su futura madrastra no se lo prohíbe. ¿Si habrá algún misterio escondido en esto?

Elisa.— Ahí viene mi padre.

Harpagon.— La carroza está preparada. Podéis salir cuando queráis.

Cleanto.— Puesto que no vais con ellas, padre mío, yo las acompañaré.

Harpagon.— No: quedaos. Ellas irán bien solas y yo os necesito.

ESCENA III

Harpagon, Cleanto

Harpagon.— Ahora, cuestión de madrastra aparte, ¿qué te parece de esa persona?

Cleanto.— ¿Qué me parece?

Harpagon.— Sí: su talante, su talle, su belleza, su ingenio.

Cleanto.— Así, así.

Harpagon.— Expílicate.

Cleanto.— Si he de hablaros francamente, no la he encontrado como la había creído. Tiene trazas claras de coqueta, su talle es bastante desmañado, su belleza muy mediocre y su ingenio de los más comunes. No créais, padre, que os lo digo por disgustaros, porque tanto me importa, para madrastra, ésta como otra.

Harpagon.— Pues le decías ha poco...

Cleanto.— Le he dicho algunas lisonjas en vuestro nombre, pero era para agradaros:

Harpagon.— Así, pues, ¿no sientes inclinación por

ella?

Cleanto.— ¿Yo? En nada.

Harpagon.— Laméntolo, porque ello quebranta una idea que me había venido a las mentes. Viendo a esa doncella aquí, he reflexionado sobre mi edad, y he pensado que podrá murmurarse viéndome casado a mujer tan joven. Esa consideración me ha hecho abandonar mi designio, mas como ya la he pedido y me he comprometido con ella de palabra, yo te hubiese dado con gusto a Mariana de no ser por la aversión que atestigüas.

Cleanto.— ¿Me la habríais dado a mí?

Harpagon.— A ti.

Cleanto.— ¿En matrimonio?

Harpagon.— En matrimonio.

Cleanto.— Escuchad. Ciertamente no es mujer muy a mi gusto, pero por complaceros, padre mío, yo resolveré casarme con ella, si queréis.

Harpagon.— ¿Yo? Más razonable soy de lo que piensas y no quiero forzar tu inclinación.

Cleanto.— Perdonad, pero haría ese esfuerzo por vuestro amor.

Harpagon.— No, no. No puede ser feliz un matrimonio donde falta la inclinación.

Cleanto.— Eso, padre, quizá venga luego. Dícese que el amor es a menudo fruto del matrimonio.

Harpagon.— No. Por lo que al hombre concierne, no debe arriesgarse tal peligro, pues hay luego consecuencias desastrosas que no quiero provocar. Si tú hubieses tenido alguna inclinación por Mariana, yo te hubiera casado con ella. Mas, no siendo así, atendréme a mi designio y me casaré yo.

Cleanto.— Puesto que de tal suerte están las cosas, padre mío, menester es descubriros mi corazón y revelaros nuestro secreto. La verdad es que amo a Mariana desde un día que la vi en un paseo, que mi propósito ha poco era pedíros la por mujer y que nada me lo ha impedido sino el oírlos declarar vuestros sentimientos y el temor de contrariaros.

Harpagon.— ¿La habéis visitado?

Cleanto.— Sí, padre mío.

Harpagon.— ¿Muchas veces?

Cleanto.— Bastantes para el tiempo que hace que la conozco.

Harpagon.— ¿Os ha recibido bien?

Cleanto.— Muy bien, más sin saber quién era, y eso ha causado antes la sorpresa de Mariana.

Harpagon.— ¿Le habéis declarado vuestra pasión y designio que teníais de casar con ella?

Cleanto.— Sin duda, e incluso he hecho algunas indicaciones a su madre.

Harpagon.— ¿Ha escuchado la madre vuestra proposición sobre su hija?

Cleanto.— Sí, y muy cortésmente.

Harpagon.— ¿Y corresponde mucho la hija a vuestro amor?

Cleanto.— A juzgar por las apariencias, padre, me persuado de que ella tiene alguna bondad conmigo.

Harpagon (aparte).— Contento estoy de haber sabido semejante secreto, y ello es precisamente lo que yo buscaba. (A su hijo). Bueno, hijo mío: ¿sabéis en qué ha de pensarse ahora? En libraros de vuestro amor, en cesar todas vuestras persecuciones de una mujer que pretendo para mí, y en casaros muy pronto con la que os destino.

Cleanto.— ¿Así me engañáis, padre? Pues que hemos llegado a este punto, os declaro que no cejaré en la pasión que tengo por Mariana; que no habrá extremo al que no me abandone para disputaros su conquista y que si vos tenéis el consentimiento de una madre, quizá tenga yo otras cosas que combatirán por mí.

Harpagon.— ¿Cómo, bribón? ¿Tienes la audacia de seguir mis huellas?

Cleanto.— Sois vos quien seguís las mías. Yo soy el primero en fecha.

Harpagon.— ¿No soy tu padre yo y no me debes respeto?

Cleanto.— No son cosas éstas en que los hijos hayan de ceder a los padres, y el amor no conoce a nadie.

1105 **Harpagon.**— Yo te haré conocerme bien con buenos bastonazos.

Cleanto.— Todas vuestras amenazas serán inútiles.

Harpagon.— Tú renunciarás a Mariana.

Cleanto.— Nada de eso.

Harpagon.— ¡Veamos! ¡Un bastón ahora mismo!

ESCENA IV

Maese Santiago, Harpagon, Cleanto

Maese Santiago.— ¡Eh, eh, eh! Señores, qué es esto? ¿En qué pensáis?

Cleanto.— ¡Al diablo con todo!

Maese Santiago.— Calma, calma, señor.

Harpagon.— ¡Hablarne con esa imprudencia!

Maese Santiago.— ¡Por Dios, señor!

Cleanto.— No me amilantaré.

Maese Santiago (a Cleanto).— ¿Cómo? ¿Así habláis a vuestro padre?

Harpagon.— Déjame hacer.

Maese Santiago.— ¿Cómo? ¿A vuestro hijo? A mí, pase.

Harpagon.— Quiero hacerte, Maese Santiago, juez de este asunto para mostrarte cuánta razón tengo.

Maese Santiago.— Consiento. (Dirigiéndose a Cleanto). Alejaos un poco.

Harpagon.— Amo a una joven con la que quiero casarme y el bellaco tiene la insolencia de amarla a la vez que yo y de pretenderla a pesar de mis órdenes.

Maese Santiago.— Hace mal.

Harpagon.— ¿No es cosa descomunal que quiera un hijo entrar en porfía con su padre? ¿No debe, por respeto, abstenerse de tocar mis inclinaciones?

Maese Santiago.— Tenéis razón. Dejadme hablarle y quedaos aquí.

(Se encamina a Cleanto, que está al otro extremo)

del escenario).

Cleanto.— Puesto que ha querido elegirte por juez, no retrocedo ante ella. No me importa quién sea el árbitro y accedo a confiarte, Maese Santiago, nuestra diferencia.

Maese Santiago.— Es gran honor que me hacéis.

Cleanto.— Estoy prendado de una joven que responde a mis ansias y recibe tiernamente las ofrendas de mi fe, y mi padre ha resuelto turbar nuestro amor con la demanda que ha ido a hacer a esa dama.

Maese Santiago.— No tiene razón, de seguro.

Cleanto.— ¿No le avergüenza a su edad, pensar en casarse? ¿Siéntale bien estar enamorado aún? ¿No debiera dejar esa ocupación a los jóvenes?

Maese Santiago.— Vos tenéis razón. Vuestro padre no habla seriamente. Dejadme decirle dos palabras. (Se dirige a Harpagon).— Vuestro hijo no es tan desafortunado como decís y se pone en razón. Dice que sabe el respeto que os debe que no rehusará someterse a lo que os plazca, siempre que queráis tratarle mejor de lo que hacéis y le deis en matrimonio alguna mujer que le contente.

Harpagon.— ¡Ah! Dile, Maese Santiago, que, siendo así, podrá esperarlo de mí todo y que, fuera de Mariana, le dejo en libertad de escoger la que quiera.

Maese Santiago.— Dejadme hacer. (Se acerca al hijo). Vuestro padre no es tan irrazonable como le hacéis. Me ha testimoniado que son vuestras vehemencias las que le han puesto en ira; que sólo reprocha vuestra manera de obrar y que estará muy dispuesto a concederos lo que deseáis siempre que os avengáis a las buenas y le rindáis los respetos, deferencias y sumisiones que un hijo debe a su padre.

Cleanto.— ¡Ah! Puedo asegurarte, Maese Santiago, me verá siempre el más sumiso de los hombres y nunca haré cosa alguna sino por su voluntad.

Maese Santiago (a Harpagon).— Es cosa hecha. Vuestro hijo consiente en lo que vos decís.

Harpagon.— Me congratulo de ello.

Maese Santiago (a Cleanto).— Todo concluido.

Vuestro padre se contenta con vuestras promesas.

Cleanto.— ¡Loado sea el Cielo!

Maese Santiago.— Señores, no os faltaba sino lamentar. Veos de acuerdo ahora cuando ha poco ibais a querellaros por falta de bien entenderos.

Cleanto.— Toda mi vida te estaré obligado, mi buen Maese Santiago.

Maese Santiago.— No hay de qué, señor.

Harpagon.— Mucho me has satisfecho, Maese Santiago, y ello merece una recompensa.

(Lleva la mano al bolsillo, lo que hace creer a Santiago que va a darle algo, pero saca el pañuelo).

Maese Santiago.— Os beso las manos.

Harpagon.— Vete. No dejaré de acordarme de esto, te lo aseguro.

ESCENA V

Cleanto, Harpagon

Cleanto.— Os pido perdón, padre mío, de la irritación que os he hecho sufrir.

Harpagon.— No ha sido nada.

Cleanto.— Os aseguro que lo deploro infinitamente.

Harpagon.— Y a mí me causa las mayores alegrías verte razonable.

Cleanto.— ¡Cuán bondadoso habéis sido olvidando tan pronto mi falta!

Harpagon.— Se olvidan fácilmente las faltas de los hijos cuando vuelven a su deber.

Cleanto.— ¿No me guardáis rencor por mis muchos arrebatos?

Harpagon.— Me obligas a ello con la sumisión y respeto a que te atienes.

Cleanto.— Os prometo, padre, conservar hasta la tumba el recuerdo de vuestras bondades.

Harpagon.— Y yo te prometo que no habrá cosa que no obtengas de mí.

Cleanto.— Nada os pido, padre. Bastante es haberme dado a Mariana.

Harpagon.— ¿Cómo?

Cleanto.— Digo, padre, que estoy muy contento de vos y que todas las cosas se encierran para mí en la bondad que habéis tenido de concederme a Mariana.

Harpagon.— ¿Quién habla de concederte a Mariana?

Cleanto.— Vos, padre.

Harpagon.— ¿Yo?

Cleanto.— Sin duda.

Harpagón.— ¿Cómo? ¡Si eres tú quien ha prometido renunciar a ella!

Cleanto.— ¿Yo? ¿Renunciar?

Harpagon.— Sí.

Cleanto.— Nada de eso.

Harpagon.— ¿No te has apartado de pretenderla?

Cleanto.— Por lo contrario, me inclino a ello más que nunca.

Harpagon.— ¿Qué dices, bellaco y dos veces bellaco?

Cleanto.— Nada me hará cambiar.

Harpagon.— Ahora lo verás, traidor.

Cleantō.— Haced cuanto os plegue.

Harpagon.— Te prohibo presentarte más delante de mí.

Cleanto.— Enhorabuena.

Harpagon.— Te abandono.

Cleanto.— Abandonadme.

Harpagon.— Dejas de ser mi hijo.

Cleanto.— Sea.

Harpagon.— Te desheredo.

Cleanto.— Como queráis.

Harpagon.— Y te doy mi maldición.

Cleanto.— No sé qué hacer con tantos regalos.

ESCENA VI

La Fléche, Cleanto

La Fléche (saliendo del jardín, con un cofrecillo).
— ¡Ah, señor, cuán a propósito os encuentro! Seguidme.

Cleanto.— ¿Qué hay?

La Fléche.— Seguidme, os digo, que bien nos aviene.

Cleanto.— ¿Cómo?

La Fléche.— Aquí tenéis lo que precisabais.

Cleanto.— ¿El qué?

La Fléche.— Todo el día he andando buscando esto.

Cleanto.— ¿Qué es?

La Fléche.— El tesoro de vuestro padre, que he atrapado.

Cleanto.— ¿Cómo has hecho?

La Fléche.— Lo sabréis todo. Pero huyamos, que le oigo gritar.

ESCENA VIII

Harpagon

(Dando voces desde el jardín y entrando sin sombrero)

¡Al ladrón, al ladrón, al asesino, al homicida! ¡Justicia, justo Cielo! ¡Perdido soy, asesinado soy, la garganta me han cortado; que me quitaron el dinero! ¿Quién lo habrá hecho? ¿Qué habrá sido de él? ¿Dónde está, dónde se oculta? ¿Qué hacer para encontrarle? ¿Adónde ir? ¿Adónde no ir? ¿No estará allí? ¿No estará acá? ¿Quién es? ¡Deténte! ¡Devuélveme mi dinero, bribón! (Alarga la mano y se aferra su propio brazo). ¡Ah soy yo mismo!... Mi espíritu se turba, e ignoro

dónde estoy, quién soy y lo que hago. ¡Ah, mi pobre dinero, mi pobre dinero, mi querido amigo! Me han privado de ti, y puesto que me has sido quitado he perdido mi apoyo, mi consuelo, mi alegría. Todo ha terminado para mí, nada ya tengo que hacer en el mundo. Sin ti, me es imposible vivir. Es cosa hecha: ya no puedo más, me muero, muerto estoy, estoy enterrado... ¿No hay quién quiera resucitarme devolviéndome mi querido dinero o diciéndome quién lo ha tomado? ¿Eh, qué decís? Pero no, no hay nadie. Quienquiera que haya dado el golpe, es menester que con mucho cuidado espicara la hora, eligiendo justamente el momento en que yo llamaba traidor a mi hijo. Salgamos. Quiero apelar a la justicia y someter a cuestión de tormento a toda la casa: sirvientes, lacayos, hijo, hija, y yo mismo también. ¡Cuánta gente reunida! No pongo la mirada en nadie que no me despierte sospechas, y todos me parecen el ladrón. ¿De qué hablan ahí? ¿De lo que me ha robado? ¿Qué ruido hay acá arriba? ¿Es el ladrón quien anda allá? Por piedad, si tenéis noticias del ladrón, decídmelas, os lo suplico. ¿No estará oculto entre vosotros? Todos me miran y ríen. Ya se verá que sin duda han participado en el robo que se me ha hecho. Ea, pronto comisarios, arqueros, prebostes, jueces, potros de tortura, horcas y verdugos... Quiero hacer colgar a todo el mundo y si no encuentro mi dinero, me colgaré yo mismo después.

ACTO V

ESCENA PRIMERA

Harpagon, El Comisario, El Escribano del Comisario

COMISARIO.— Dejádme hacer; sé mi oficio, gracias a Dios. No es hoy el primer día en que entro a descubrir robos. ¡Ya quisiera poseer tantos sacos de mil francos como personas he hecho colgar!

Harpagon.— Todos los magistrados tienen interés en tomar este asunto entre manos, y si no se me hace encontrar mi dinero, yo pediré justicia de la justicia.

Comisario.— Han de cumplirse todos los trámites requeridos. ¿Decís que había en ese cofrecillo?...

Harpagon.— Diez mil escudos bien contados.

Comisario.— ¡Diez mil escudos!

Harpagon.— Diez mil escudos.

Comisario.— Es un robo considerable.

Harpagon.— No hay suplicio bastante grande para la enormidad de este crimen, y si quedase impune ni las cosas más sagradas estarían en seguridad.

Comisario.— ¿En qué monedas estaba esa suma?

Harpagon.— En buenos luses de oro y pistolas de peso bien corrido (1).

Comisario.— ¿De quién sospecháis?

Harpagon.— De todos, y quiero que prendáis a la ciudad entera y sus arrabales.

Comisario.— Creedme que conviene no espantar a

(1) Solía entonces darse algún exceso de peso a las monedas. Una pistola "de peso bien corrido", era una moneda nueva, no desgastada aún. (N. del Traductor.)

nadie y procurar con sigilo obtener algunas pruebas para proceder luego rigurosamente al recobro de los dineros que os han tomado.

ESCENA II

Maese Santiago, Harpagon, Comisario, Escribano

Maese Santiago (apareciendo por un extremo del escenario y volviéndose para hablar a los que están dentro).— En seguida vuelvo. Entre tanto degolládmelo al instante, tostadle los pies, ponédmelo en agua hirviendo y colgádmelo del techo.

Harpagon.— ¿A quién? ¿Al que me ha robado?

Maese Santiago.— Hablo de un cochinito que acaba de enviarme vuestro intendente, y quiero aderezárselo a mi capricho.

Harpagon.— No se trata ahora de eso. Ve ahí a este señor a quien es menester hablar de otra cosa.

Comisario.— No temáis. Soy hombre que no os amedrentaré y las cosas irán por las buenas.

Maese Santiago.— ¿El señor viene a la comida?

Comisario.— Es preciso, mi querido amigo, que no ocultéis nada a vuestro amo.

Maese Santiago.— A fe mía, señor, que os mostraré todo lo que sé hacer y os trataré lo mejor que me sea posible.

Harpagon.— No se habla de eso.

Maese Santiago.— Si no os hago tan buena cena como yo quisiera, culpa es del señor intendente nuestro, que me ha cortado las alas con las tijeras de su economía.

Harpagon.— Aquí, traidor, hálbase de otra cosa que de cenar y quiero que me digas noticias del dinero que me han tomado.

Maese Santiago.— ¿Os han tomado dinero?

Harpagon.— Sí, bellaco, y haréte colgar si no me

lo devuelves.

Comisario.— ¡Dios mío! No le maltratéis. Veo en su cara que es hombre honrado y que os descubrirá cuanto queréis saber sin hacerse poner en prisión. Sí, amigo mío, si nos confesáis la cosa no se os hará mal alguno y vuestro amo os recompensará. Se le ha quitado hoy su dinero, y no es posible que no sepáis algunas nuevas de este negocio.

Maese Santiago (aparte).— He aquí a punto lo que necesito para vengarme de nuestro intendente. Desde que ha entrado en la casa es el favorito, no se escuchan sino sus consejos y aun me pesan en el corazón sus recientes bastonazos.

Harpagon.— ¿Qué rumías ahí?

Comisario.— Dejadle hacer. Se prepara a contentaros. Bien os he dicho que era hombre honrado.

Maese Santiago.— Si queréis, señor, que os diga las cosas, creo que es vuestro querido señor intendente quien ha dado el golpe.

Harpagon.— ¿Valerio?

Maese Santiago.— Sí.

Harpagon.— ¿El que me parecía tan fiel?

Maese Santiago.— El mismo. Creo que es él quien os ha robado.

Harpagon.— ¿Y por qué lo crees?

Maese Santiago.— ¿Por qué?

Harpagon.— Sí.

Maese Santiago.— Lo creo... porque lo creo.

Comisario.— Pero es necesario decir los indicios que tenéis.

Harpagon.— ¿Le has visto rondar el sitio donde yo tenía mi dinero?

Maese Santiago.— Sí, ciertamente. ¿Dónde teníais vuestro dinero?

Harpagon.— En el jardín.

Maese Santiago.— Justamente: le he visto rondar el jardín. ¿Dónde guardabais el dinero?

Harpagon.— En un cofrecillo.

Maese Santiago.— Esa es la cosa. Le he visto un cofrecillo.

Harpagon.— ¿Y cómo es ese cofrecillo? Así sabré si es el mío.

Maese Santiago.— ¿Cómo es?

Harpagon.— Sí.

Maese Santiago.— Es... es como un cofrecillo.

Comisario.— Por supuesto. Pero describidlo algo más, para ver...

Maese Santiago.— Es un cofrecillo grande.

Harpagon.— El que me han robado es pequeño.

Maese Santiago.— Sí, es pequeño si se mira por el tamaño; pero lo llamo grande por lo que contiene.

Comisario.— ¿Y de qué color es?

Maese Santiago.— ¿De qué color?

Comisario.— Sí.

Maese Santiago.— Es de color... Ea, de cierto color que... ¿No podríais ayudarme a decirlo?

Harpagon.— ¿Eh?

Maese Santiago.— ¿No es rojo?

Harpagon.— No; gris.

Maese Santiago.— Sí: rojo-gris. Eso quería decir.

Harpagon.— No hay duda. Es mi cofrecillo seguramente. Escribid, señor, escribid esta declaración. ¡Cielo! ¿En quién fiar desde ahora? No puede garantizarse a nadie, y tras esto creo que hasta yo soy capaz de robarme a mí mismo.

Maese Santiago.— Señor, ahí viene. Al menos no le digáis que soy yo quien ha descubierto esto.

ESCENA III

Harpagon, Valerio, Comisario, Escribano, Maese Santiago

Harpagon.— Acércate, y ven a confesar la acción más negra, el atentado más horrible que se haya cometido jamás.

Valerio.— ¿Qué queréis, señor?

Harpagon.— ¿Cómo, traidor? ¿No te sonrojas de

tu crimen?

Valerio.— ¿De qué crimen queréis hablar?

Harpagon.— ¿De qué quiero hablar, infame? ¡Cómo si no supieses lo que quiero decir! En vano pretenderás disfrazarlo: el asunto está descubierto y se acaba de contármelo todo. ¿Cómo has abusado así de mi bondad y te has introducido expresamente en mi casa para traicionarme y jugarme una mala partida de tal índole?

Valerio.— Pues que lo habéis descubierto todo, señor, no quiero buscar más rodeos ni negaros la cosa.

Maese Santiago (aparte).— ¿Si habré yo adivinado sin pensarlo?

Valerio.— Era mi propósito hablaros y quería esperar para ello coyunturas favorables; mas, pues ha sucedido así, os exhorto a no enojaros y querer oír mis razones.

Harpagon.— ¿Y qué buenas razones puedes dar, ladrón infame?

Valerio.— No merezco esos apelativos, señor. Cierro que he cometido una ofensa contra vos, pero, después de todo, mi falta es perdonable.

Harpagon.— ¿Perdonable? ¿Una asechanza, un asesinato de tal suerte?

Valerio.— Os ruego que no os encolericéis. Cuando me hayáis oído veréis que el mal no es tan grande como lo ponéis vos.

Harpagon.— ¡Qué no es tan grande el mal como yo lo pongo! ¿No lo son mi sangre y mis entraños, truhán?

Valerio.— Vuestra sangre, señor, no ha caído en malas manos. No soy de condición de causar entuertos y no hay en todo esto nada que yo no pueda reparar.

Harpagon.— Esa es mi intención, y que me restituyas lo que me has quitado.

Valerio.— Vuestro honor, señor, quedará plenamente satisfecho.

Harpagon.— Este no es asunto de honor. Dime qué te ha impelido a ese acto.

Valerio.— ¿Y me lo preguntas?

Harpagon.— Sí; te lo pregunto.

Valerio.— Un dios que lleva en sí la excusa de todo cuanto hace: el Amor.

Harpagon.— ¿El amor?

Valerio.— Sí.

Harpagon.— ¡Buen amor! ¡Bueno a fe mía! ¡El amor de mis luises de oro!

Valerio.— No, señor, no son vuestras riquezas las que me han tentado. No son ellas las que me han desvanecido, y protesto de que no pretendo nada de vuestros bienes, con tal que me dejéis el que tengo ya.

Harpagon.— ¡No haré tal, por todos los diablos! ¡No te lo dejaré! ¿Véis qué insolencia? ¡Querer retener el robo que me ha hecho!

Valerio.— ¿A eso llamáis un robo?

Harpagon.— ¿Si lo llamo un robo? ¡Un tesoro como ése!

Valerio.— Un tesoro es, en verdad, y sin duda el más precioso que tenéis, pero no será perderlo el dejármelo. Yo os pido de rodillas ese tesoro, tan rico de encantos y, obrando con rectitud, es menester que me lo concedáis.

Harpagon.— No lo haré así. ¿Qué cabe decir a esto?

Valerio.— Nos hemos prometido una fe mutua y hemos hecho juramento de no abandonarnos.

Harpagon.— ¡Admirable juramento y placentera promesa!

Valerio.— Hémonos obligado a ser el uno del otro para siempre.

Harpagon.— Yo os aseguro que os lo impediré.

Valerio.— Nada, salvo la muerte, podrá separarnos.

Harpagon.— Estáis endiabladamente obstinado en lograr mi dinero.

Valerio.— Ya os he dicho, señor, que no fue el interés lo que me impulsó a hacer lo que hice. Mi corazón no ha obrado impelido por las razones que pensáis, sino que un motivo más noble me ha inspirado esa resolución.

Harpagon.— ¡Acabará viéndose que es por caridad cristiana por lo que quiere quedarse con el mío! Pero yo pondré orden en esto, y la justicia, bribón desver-

gonzado, me dará razón de todo.

Valerio.— Haced como queráis; presto estoy a sufrir todas las violencias que os pluguieren; pero al menos ruegos que creáis que, si ha habido mal, sólo a mí debe acusárseme y que vuestra hija no es culpable de nada de todo eso.

Harpagon.— Créolo es verdad. Muy singular sería que mi hija hubiese participado en este crimen. Pero yo quiero recobrar lo mío y que tú me confieses en qué lugar has ocultado mi bien.

Valerio.— ¿Yo? No he ocultado nada, y vuestro bien está en vuestra casa todavía.

Harpagon (aparte).— ¡Oh, mi querida riqueza! (A Valerio.) ¿No la has sacado de mi casa?

Valerio.— No, señor.

Harpagon.— Y dime: ¿No la has tocado?

Valerio.— ¿Tocarla yo? Sois tan injusto con ella como conmigo. Sólo en un muy puro amor he ardidado por ella.

Harpagon (aparte).— ¡Ha ardidado de amor por mi riqueza!

Valerio.— Más quisiera morir que haberle traslucido ningún ofensivo pensamiento. Es demasiado discreta y honrada para eso.

Harpagon.— ¡Honrada mi riqueza!

Valerio.— Todos mis deseos se han limitado a gozar de su vista y nada criminal ha profanado la pasión que sus bellos ojos me inspiran.

Harpagon (aparte).— ¡Los bellos ojos de mi dinero! Habla de él como un amante de su amada.

Valerio.— La tía Claudia, señor, sabe la verdad de esta aventura y puede testimoniaros...

Harpagon.— ¿Es mi criada cómplice del asunto?

Valerio.— Sí, señor: ella ha sido testigo de nuestro compromiso y sólo después de conocer la honradez de mis ardores me ayudó a persuadir a vuestra hija de darme su fe y recibir la mía.

Harpagon.— ¿Eh? (Aparte.) ¿Si le hará delirar el temor de la justicia? (A Valerio.) ¿Qué nos embrollas aquí respecto a mi hija?

Valerio.— Digo, señor, que pasé infinitos trabajos para hacer que su pudor consintiera en lo que mi amor quería.

Harpagon.— ¿El pudor de quién?

Valerio.— De vuestra hija. Sólo ayer he conseguido que se resolviese a que firmáramos mutuamente un compromiso de matrimonio.

Harpagon.— ¿Dices que mi hija te ha firmado un compromiso de matrimonio?

Valerio.— Sí, señor, y yo por mi parte le he firmado otro.

Harpagon.— ¡Cielos! ¡Una desgracia más!

Maese Santiago (al Comisario).— Escribid, señor, escribid.

Harpagon.— ¡Oh, daño aumentado, oh, desesperación acrecida! Ea, señor Comisario, cumplid el deber de vuestro cargo, y levantad atestado contra este hombre como ladrón corruptor.

Valerio.— No merezco esos nombres, y cuando se sepa quién soy...

ESCENA IV

Elisa, Mariana, Frosina, Harpagon, Valerio,
Maese Santiago, Comisario, Escribano

Harpagon.— ¡Ah, hija malvada, hija indigna de un padre como yo! ¿Así practicas las lecciones que te he dado? ¿Te dejas enamorar de un ladrón infame y le entregas tu fe sin mi consentimiento? Pero os habéis engañado el uno y el otro. Las cuatro recias murallas de un convento me responderán de tu conducta y una buena horca (a Valerio) me dará razón de tu audacia.

Valerio.— No será vuestra pasión la que juzgue el asunto y al menos se me oirá antes de condenarme.

Harpagon.— Me equivoqué al decir una horca, pues te ajusticiarán en la rueda.

Elisa (arrodiándose ante su padre).— Padre mío, tened sentimientos más humanos, os lo ruego, y no llevéis las cosas a las últimas violencias del poder paternal. No os dejéis arrastrar por los primeros movimientos de vuestra pasión y daos tiempo a reflexionar en lo que queréis hacer. Tomaos la molestia de mirar mejor a aquel a quien ofendéis, porque es muy distinto a lo que vuestros ojos le juzgan, y hallaréis menos extraño que me haya dado a él cuando sepáis que sin él no me tendríais ha mucho. Porque él, padre mío, fue quien me salvó de aquel gran peligro que corrí en el agua y a quien debéis la vida de esta misma hija que...

Harpagon.— Todo eso no es nada, y más valía para mí que te dejase ahogar que no que hiciera lo que ha hecho.

Elisa.— Os conjuro, padre mío, en nombre del amor paterno, a...

Harpagon.— No, no, no quiero oír nada. Es preciso que la justicia cumpla su deber.

Maese Santiago.— ¡Tú me pagarás los bastonazos, intendente!

Frosina.— ¡Embarazosa situación!

ESCENA V

Anselmo, Harpagon, Elisa, Frosina, Valerio,
Maese Santiago, Comisario, Escribano

Anselmo.— ¿Qué es esto, señor Harpagon? Muy conmovido os veo.

Harpagon.— ¡Ah, señor Anselmo! Me veis el más infortunado de los hombres, y en la mayor turbación y desorden respecto al contrato que venís a hacer. Se me asesina en la hacienda, se me asesina en el honor, y aquí hay un traidor, un malvado, que, violando los más santos derechos, ha penetrado en mi casa so título

de doméstico para robar mi dinero y corromper a mi hija.

Valerio.— ¿Quién piensa en vuestro dinero, que mezcláis a destiempo aquí?

Harpagon.— Sabed que entrambos se han dado una promesa de matrimonio. Esa afrenta os atañe, señor Anselmo, y debéis constituíros en parte contra él y someterle a todos los procedimientos judiciales idóneos para vengaros de su insolencia (1).

Anselmo.— No es propósito mío casarme por fuerza ni pretender un corazón que se ha dado ya; mas estoy dispuesto a abrazar vuestros intereses como los míos propios.

Harpagon.— Este señor es un honrado comisario que, a lo que me ha dicho, no olvidará ninguna de las funciones de su cargo. Haced los cargos precisos, señor Comisario, y presentad las cosas lo más criminales que podáis.

Valerio.— No veo qué delito se me puede imputar en la pasión que siento por vuestra hija, ni el suplicio a que creís que pueda ser condenado por nuestro compromiso cuando se sepa quién soy...

Harpagon.— No se me da una higa de todos esos cuentos; que hoy el mundo está lleno de ladrones de nobleza, de impostores que aprovechan su obscuridad y sin dudar se recubren insolentemente del primer nombre ilustre que les place tomar.

Valerio.— Sabed que tengo el corazón harto hidalgo para jactarme de alguna cosa que no me corresponda, y que todo Nápoles puede dar testimonio de mi cuna.

Anselmo.— Andad con cautela en lo que vais a decir. Arriesgáis aquí más de lo que pensáis, porque estáis hablando ante un hombre a quien todo Nápoles le es conocido y puede fácilmente ver claro en la historia que inventéis.

Valerio (encasquetándose orgullosamente el sombrero).— No soy hombre que tema nada. Si Nápoles os

(1) Harpagón quiere que Anselmo, constituyéndose parte en el proceso, cargue con los gastos inherentes. (N. del Traductor.)

es conocido, sabréis quién era Don Tomás de Alburcy.

Anselmo.— Lo sé, sin duda, y poca gente le ha conocido mejor que yo.

Harpagon.— A mí tiéneme sin cuidado Don Tomás ni Don Martín. (Sopla y apaga una de las dos bujías que hay encendidas en la estancia.)

Anselmo.— Dejadle hablar, os lo ruego, y veremos lo que quiere decir.

Valerio.— Quiero decir que fue Don Tomás quien me dió la vida.

Anselmo.— ¿El?

Valerio.— Sí

Anselmo.— Os burláis. Buscad otra historia que pueda resultar mejor y no tratéis de escudaros bajo esa impostura.

Valerio.— Procurad hablar mejor. No es una impostura ni adelanto nada que no me sea posible justificar.

Anselmo.— ¿Osáis deciros hijo de Don Tomás de Alburcy?

Valerio.— Lo oso y estoy pronto a sostener esa verdad contra quien sea.

Anselmo.— Vuestra audacia es maravillosa. Sabed, y confundíos, que hace al menos dieciséis años que el hombre de quien nos habláis pereció en el mar con sus hijos y esposa, cuando quería substraer su vida a las crueles persecuciones que acompañaron a los desórdenes de Nápoles e hicieron exilarse a varias nobles familias.

Valerio.— Sí; mas sabed, y confundíos vos, que un hijo de Don Tomás, niño de siete años, se salvó con un sirviente, siendo recogidos en el naufragio por un navío español. Ese hijo salvado es el que os habla, y sabed que el capitán de aquel navío, condolido de mi suerte, me tomó afecto, me hizo educar como a su propio hijo, y a las armas fueron mi empleo desde que pude llevarlas. Sabed que he conocido ha poco que mi padre no murió, como yo siempre lo había creído; sabed que, al pasar aquí para buscarle, una aventura concertada por el Cielo me hizo encontrar a la encantadora Elisa;

sabed que su vista me hizo esclavo de sus bellezas, y sabed, en fin, que la violencia de mi amor y las severidades de su padre me llevaron a la resolución de introducirme en su casa, enviando a otra persona en busca de mi familia.

Anselmo.— ¿Qué testimonios tenéis, aparte vuestras palabras, que puedan asegurarnos que eso no es una fábula urdida por vos sobre una verdad?

Valerio.— El capitán español, un sello de rubies que perteneció a mi padre, una pulsera de ágata que mi madre me puso en el brazo, y el anciano Pedro, el sirviente que se salvó conmigo del naufragio.

Mariana.— A esas palabras puedo responder que no inventáis nada, pues cuanto habéis dicho me hace conocer claramente que sois mi hermano.

Valerio.— ¿Vos mi hermana?

Mariana.— Sí. Mi corazón se conmovió desde que abristeis la boca, porque nuestra madre, a quien arrobaréis con vuestra presencia, me ha hablado mil veces de las desgracias de nuestra familia. El Cielo no nos hizo tampoco perecer a nosotras en aquel triste naufragio, pero no nos salvó la vida sino a trueque de la libertad, ya que fueron corsarios los que nos recogieron, a mi madre y a mí, sobre los restos de nuestra nave. Tras diez años de esclavitud, una suerte feliz nos liberó y entonces retornamos a Nápoles, donde hallamos vendida toda nuestra hacienda, sin poder encontrar noticias de nuestro padre. Pasamos luego a Génova, ciudad en que mi madre iba a recoger algunos pobres restos de una sucesión que había sido malamente dividida, y desde allí, huyendo de la bárbara injusticia de sus parientes, vino a este país, donde apenas hace sino languidecer.

Anselmo.— ¡Oh, Cielo, y cuáles son las muestras de tu potencia! ¡Cómo hacer ver que sólo a ti corresponde el cumplir milagros! Abrazadme, hijos míos, y mezclad, entrambos, vuestros transportes a los de vuestro padre.

Valerio.— ¿Sois vos nuestro padre?

Mariana.— ¿Sois vos aquel a quien tanto mi ma-

dre lloró?

Anselmo.— Sí, hija mía; sí, hijo mío. Yo soy Don Tomás de Alburcy, a quien el Cielo salvó de las olas con cuanto dinero llevaba y que, habiéndoos creído muertos a todos durante más de dieciséis años, se preparaba, tras largos viajes a buscar en el enlace con una mujer discreta y dulce el consuelo de una nueva familia. La poca seguridad que he visto para mi vida en caso de volver a Nápoles, me ha hecho renunciar a ello para siempre, y habiendo podido hallar medio de vender lo que tenía, me he establecido aquí, donde, bajo nombre de Anselmo, he querido alejar las penas de ese otro nombre con el que tantas contrariedades he sufrido.

Harpagon.— ¿Es éste vuestro hijo?

Anselmo.— Sí.

Harpagon.— Os intimo a pagarme diez mil escudos que me ha robado.

Anselmo.— ¿Robaros él?

Harpagon.— Él mismo.

Valerio.— ¿Quién os ha dicho eso?

Harpagon.— Maese Santiago.

Valerio (a Santiago).— Lo has dicho tú?

Maese Santiago.— Ya véis que no digo nada.

Harpagon.— Sí dijo: aquí está el señor Comisario, que ha recibido su declaración.

Valerio.— ¿Podéis creerme capaz de una acción tan ruin?

Harpagon.— Seáis capaz o no, yo quiero recobrar mi dinero.

ESCENA VI

Cleanto, Valerio, Mariana, Elisa, Frosina, Harpagon,
Anselmo, Maese Santiago, La Fléche, Comisario,
Escribano

Cleanto.— No os atormentéis, padre mío, y no acuséis a nadie. He descubierto noticias de vuestro asunto, y vengo aquí a deciros que, si queréis resolveros a dejarme casar con Mariana, os será restituído vuestro dinero.

Harpagon.— ¿Dónde está?

Cleanto.— No os inquietéis. Está en lugar donde yo respondo de él y todo no depende sino de mí. A vos os corresponde decirme a qué os determináis. Podéis elegir entre darme a Mariana o perder vuestro cofrecillo.

Harpagon.— ¿No se ha quitado nada?

Cleanto.— Nada. Ved si es vuestro propósito suscribir este casamiento y unir vuestro consenso al de la madre de Mariana, que deja a su hija la libertad de elegir entre nosotros dos.

Mariana.— Pero sabed, Cleanto, que no basta ese consentimiento y que el Cielo, con un hermano, al que veis, acaba de devolverme un padre de quien habréis de obtenerme.

Anselmo.— El Cielo, hijos míos, no me devuelve a vosotros para contrariar vuestras voluntades. Bien podéis juzgar, señor Harpagon, que la elección de una joven recaerá antes en el hijo que en el padre. No os hagáis, pues, decir lo que no es necesario escuchar, y consentid como yo en este doble himeneo.

Harpagon.— Es preciso, para aconsejarme, que yo vea mi cofre.

Cleanto.— Vos lo veréis sano y entero.

Harpagon.— No tengo dinero para dar en dote a mis hijos.

Anselmo.— No os inquietéis. Yo lo tengo para ellos.

Harpagon.— ¿Os comprometeríais a pagar todos los gastos de estos dos matrimonios?

Anselmo.— Me comprometo. ¿Quedáis satisfecho?

Harpagon.— Sí, siempre que para las bodas me mandéis hacer un traje.

Anselmo.— De acuerdo. Vayamos ahora a gozar del regocijo que este feliz día nos depara.

Comisario.— ¡Hola, señores, hola! ¡Calma, calma, si gustáis! ¿Quién paga mis escrituras?

Harpagon.— Ya no nos sirven de nada vuestras escrituras.

Comisario.— Sí, pero no estoy dispuesto a haberlas hecho por nada.

Harpagon (señalando a Maese Santiago).— Aquí os doy, como pago, un hombre para que lo colguéis.

Maese Santiago.— ¿Qué hacer, pues, en la vida? Me apalean por decir la verdad y me quieren ahorcar por mentir.

Anselmo.— Señor Harpagon: es menester perdonarle esa impostura.

Harpagon.— ¿Pagaréis vos al Comisario?

Anselmo.— Sea. Vamos pronto a hacer participe de nuestra alegría a vuestra madre, hijos.

Harpagon.— Y yo a examinar mi querido cofrecillo.

FIN

